

<https://doi.org/10.21555/top.v760.3371>

La “extraña inversión del razonamiento” sobre el lenguaje en la obra de Dennett

The “Strange Inversion of Reasoning” about Language in Dennett’s Work

Carolina Scotto
Universidad Nacional de Córdoba
Argentina
carolina.scotto@unc.edu.ar
<https://orcid.org/0000-0002-2013-8539>

Recibido: 29 - 01 - 2025.
Aceptado: 08 - 05 - 2025.
Publicado en línea: 20 - 05 - 2026.

Cómo citar este artículo: Scotto, C. (2026). La “extraña inversión del razonamiento” sobre el lenguaje en la obra de Dennett. *Tópicos, Revista de Filosofía*, 76, 21-65. <https://doi.org/10.21555/top.v760.3371>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

Resumen

En este trabajo me propongo mostrar de qué maneras, según Dennett, la “peligrosa idea” de Darwin alcanza también al lenguaje y a sus propiedades distintivas. Según Dennett, en virtud de una “extraña inversión del razonamiento” atribuible a la obra de Darwin, todo “diseño inteligente” obedece al principio de la *competencia sin comprensión*, según el cual la primera precede y está presupuesta por la segunda, por lo que, en algunos casos, es posible explicarla sin que la comprensión tenga lugar. Como se verá, la reconfiguración que resulta de aquella “inversión del razonamiento” acerca de la relación de los humanos con el lenguaje —cómo emergió, cómo es aprendido, cómo es usado, cuáles son sus efectos cognitivos y culturales— así como del lenguaje mismo como un conjunto de herramientas comunicativas y cognitivas, es de signo opuesto a la que ofrecen muchas concepciones filosóficas y lingüísticas contemporáneas, arraigadas en el principio opuesto: la primacía de la comprensión sobre la competencia.

Palabras clave: extraña inversión del razonamiento; competencia sin comprensión; lenguajes; Darwin; Dennett; evolución del lenguaje; memes; palabras; significados; comunicación.

Abstract

In this paper, I aim to show how, according to Dennett, Darwin’s “dangerous idea” also extends to language and its distinctive properties. According to Dennett, by Darwin’s “strange inversion of reasoning,” all “intelligent design” follows the principle of *competence without comprehension*: the former precedes and is presupposed by the latter, so that, sometimes, it is possible to explain it without comprehension taking place. As will be seen, the reconfiguration that results from that “inversion of reasoning” about the relationship between humans and language—how it emerged, how it is learned, how it is used, what its cognitive and cultural effects are—as well as language itself as a set of communicative and cognitive tools, is contrary to that offered by many contemporary philosophical and linguistic conceptions, rooted in the opposite principle: the primacy of comprehension over competence.

Keywords: strange inversion of reasoning; competence without comprehension; language; Darwin; Dennett; evolution of language; memes; words; meanings; communication.

Introducción: el proyecto dennettiano

Darwin's Dangerous Idea: Evolution and the Meanings of Life (1995) (en adelante: DDI),¹ uno de los libros más representativos de la obra de Daniel Dennett, es un homenaje entusiasta a la obra de Charles Darwin. Según su evaluación, en comparación con otras teorías científicas, la teoría de la evolución por selección natural contribuyó más que cualquier otra a la filosofía (cfr. Dennett, 2009a, p. 10061). El libro es una exposición argumentada de la tesis según la cual la teoría darwiniana, enriquecida por sus desarrollos y extensiones más recientes, habría conseguido unificar en un único marco explicativo “dos reinos” hasta entonces considerados independientes uno del otro: “el reino de la física y los mecanismos” y “el reino del significado y el propósito”, es decir, el de los seres humanos, sus características y sus creaciones. En otras palabras: “De acuerdo con la peligrosa idea de Darwin, todas las posibles exploraciones del espacio del diseño están conectadas” (1995, pp. 143-4) y, por lo tanto, “todos los logros de la cultura humana —el lenguaje, el arte, la religión, la ética y la ciencia misma— son artefactos (de artefactos de artefactos...) del mismo proceso fundamental que desarrolló las bacterias, los mamíferos, el *Homo Sapiens*. No hay Creación Especial del lenguaje, y ni el arte ni la religión tienen literalmente inspiración divina” (1995, p. 144; mi énfasis).

Según Dennett (2009a, p. 10061), la contribución de la teoría darwiniana sería revolucionaria no solo por la ambición de su alcance sino también por sus logros explicativos. Para justificar dicha valoración es preciso mostrar cómo la teoría puede explicar tanto el origen de la diversidad biológica como de la diversidad cultural a partir de precursores más simples o menos inteligentes y mediante procesos graduales, sin “saltos mágicos” ni fines prefigurados. Para ello, el libro pone al descubierto algunos fundamentos indiscutidos de la tradición filosófica, propone nuevas herramientas conceptuales, saca provecho de diferentes hipótesis y resultados provenientes de las más variadas disciplinas científicas y elabora un sinnúmero de conjeturas que, una vez

¹ Me referiré a este título tanto por sus iniciales como por el año de su publicación. A las demás publicaciones del autor me referiré solo por el año. Con excepción de las ediciones en español listadas en las referencias, las restantes traducciones de publicaciones en inglés son mías.

desarrolladas apropiadamente, podrían comportar logros significativos, sobre todo en el terreno más controversial: la teoría de la evolución cultural.² Teniendo el objetivo “de hacer que los pensadores en otras disciplinas tomen en serio el pensamiento evolucionista” (Dennett, 1995, p. 12), es previsible que el libro prescinda de “argumentos filosóficos altamente técnicos”, de interés más acotado. Ahora bien, como señala Zawidzki (2007, p. 154), “detrás del estilo exploratorio y casual de Dennett se encuentra un sistema filosófico profundamente coherente y ambicioso”.

En este trabajo me propongo mostrar de qué maneras la “peligrosa idea de Darwin” alcanza también al lenguaje y a sus propiedades distintivas. El fenómeno lingüístico, en todas sus dimensiones de análisis, suscita una variedad de desafíos científicos y filosóficos. Dennett (1995, p. 21) se interesa especialmente por aquellas características del lenguaje que reciben una nueva luz en virtud de la adopción de la perspectiva darwiniana. Como se verá, la imagen que resulta de la relación de los humanos con el lenguaje —cómo emergió, cómo es aprendido, cómo es usado, cuáles son sus efectos cognitivos y culturales— es de signo opuesto a la que proponen muchas concepciones filosóficas y lingüísticas contemporáneas, arraigadas en distintos presupuestos heredados. Me referiré a estas últimas de manera genérica como la visión o el enfoque tradicional, clásico o canónico sobre el lenguaje.

La importancia del tópico es crucial para el proyecto dennettiano de poner en evidencia y tornar persuasivo el objetivo *unificador* que le asigna a la teoría de Darwin (cfr. Dennett, 1995, p. 21).³ Si sus interpretaciones pueden integrarse satisfactoriamente a dicho objetivo, habrá logrado su cometido más desafiante. Por otro lado, buena parte de los supuestos y las teorías que integran el *mainstream* en la filosofía analítica del lenguaje

² Estas consideraciones también pueden aplicarse a *From Bacteria to Bach and Back* (Dennett, 2017a). Para refinar o complementar el análisis de las ideas expuestas en DDI, además de otros escritos, me valdré de este libro. En algún sentido, se trata “de la misma obra”, aunque corregida, ampliada y actualizada dos décadas después.

³ Dennett se pregunta en qué medida dicho proyecto unificador es o no reduccionista, diferenciando una variedad anodina y correcta (la suya) de otra disparatada o “insaciable” (*greedy*) (cfr. DDI, pp. 80-84). Esta cuestión es importante para comprender algunas polémicas que suscitaron sus propuestas en relación con las ciencias de la cultura, pero no cabe abordarla aquí.

(y en disciplinas conexas), y algunas corrientes de la lingüística teórica, deberían ser revisados o, incluso, abandonados. En efecto, la perspectiva elaborada en DDI “sobre el reino del significado y el propósito” es, en gran medida, ajena a la tradición filosófica a la que Dennett pertenece, en tanto enfoca el fenómeno lingüístico rebalsando el formato canónico altamente idealizado y carente de historia en el que ha sido estudiado en esa tradición.⁴ No es casual que el libro esté estructurado históricamente tanto en lo que respecta a la reconstrucción de las ideas que examina como a los fenómenos mismos estudiados: desde el origen de la vida hasta las creaciones más sofisticadas de la mente humana, y en el caso de Dennett (2017a), incluye algunas reflexiones sobre el futuro incierto en la era del “diseño post-inteligente”.

Me referiré, en primer lugar, a la estructura de las explicaciones darwinianas que dan fundamento al proyecto crítico y positivo de Dennett, sintetizada en la expresión “extraña inversión del razonamiento” (sección 1). Luego, intentaré reconstruir de qué manera la visión que ofrece sobre el lenguaje se ajusta al principio darwiniano/dennettiano de conformidad con aquella “inversión del razonamiento”, según el cual *la competencia precede a la comprensión*. Para ello me referiré: a la importancia del lenguaje para el proyecto dennettiano (sección 2), a la perspectiva memética que da cuenta de las relaciones del lenguaje con la cultura (secciones 3 y 3.1), a los orígenes evolutivos del lenguaje (sección 4), al aprendizaje del lenguaje (sección 5), a la relación del lenguaje con la cognición (o la “inteligencia”) (sección 6), al significado lingüístico (sección 7) y, por último, a la función comunicativa del lenguaje (sección 8). Algunas reflexiones finales recogerán las conclusiones más generales del trabajo.

⁴ Se atribuye a la corriente principal en la tradición analítica haber elaborado *teorías ideales* sobre el significado y la comunicación, esto es, sin considerar los procesos sociales en cuyo marco deberían ser explicados (cfr. Keiser, 2023). En mi opinión, un enfoque filosófico *no ideal del lenguaje* debería incorporar también una amplia perspectiva diacrónica y concebir las supuestas “imperfecciones” o “anomalías” de las lenguas históricas como rasgos de una herramienta heterogénea y multipropósito, no como obstáculos para el éxito de su función representacional. La crítica de Dennett (2024) a “la lingüística cartesiana” y su propósito de “euclidificar” la teoría del lenguaje es, entre otras, una expresión explícita de su crítica a los enfoques ideales. Pero no cabe ahondar aquí en estas interesantes cuestiones metafisológicas.

Cabe aclarar que si bien cada una de esas cuestiones merecería un examen crítico *in extenso*, mi propósito es más general: mostrar cómo todas ellas se articulan en una visión global coherente y sustantiva. Podría pensarse, en cambio que, las ideas de Dennett sobre el lenguaje son más bien dispersas, tienen un escaso desarrollo o una significación secundaria. En segundo lugar, no todas las cuestiones serán analizadas con igual detenimiento, tanto en virtud de la dispar atención que reciben en la obra de Dennett como teniendo en cuenta el grado de novedad teórica que conllevan. Por mi parte, he intentado prestar más atención a sus propuestas positivas.

1. La “extraña inversión del razonamiento”

Según explica Dennett, la contribución revolucionaria de Darwin fue posible en virtud de una “extraña inversión del razonamiento”.⁵ Esta consistió en poner “patas para arriba” (*upside down*) el modo tradicional de concebir todas las entidades que exhiben diseño, tanto biológicas como artificiales, incluyendo a las criaturas inteligentes (cfr. Dennett, 1995, 2009a y 2017a). Como lo explica en DDI, la expresión “extraña inversión del razonamiento” pertenece a un crítico de Darwin que, en una publicación anónima de 1868, afirmó que “el propósito esencial de la Teoría” era, “en pocas palabras”, el siguiente: “por medio de una extraña inversión del razonamiento, [Darwin] parece pensar que la Ignorancia Absoluta está plenamente calificada para tomar el lugar de la Sabiduría Absoluta en todos los logros de la habilidad creativa” (citado en Dennett, 1995, p. 65). Dennett hace propio el diagnóstico que sintetiza esta expresión, pero invierte su valoración: en esa “inversión” está, justamente, el gran mérito de Darwin.

La idea de una “Pirámide Cósmica” —que tiene a Dios en la cúspide y al Caos, la materia inerte o la Nada en su base— concebida como un “mapa general de las cosas desde arriba hacia abajo” (Dennett, 1995, p. 64) ilustra, para Dennett, la forma de pensar que ha sido dominante en

⁵ El concepto es introducido en DDI, pero es explorado con detalle en textos posteriores, sobre todo en Dennet (2009a y 2017a). Dennett (2009a) atribuye la misma “extraña inversión” a Alan Turing por haber mostrado que puede haber computación sin un computador humano, es decir, que “era posible diseñar máquinas sin mente [...] pero que podían hacer aritmética perfectamente, siguiendo ‘instrucciones’ que podían ser implementadas mecánicamente” (2017a, pp. 55-56).

la filosofía (y en la tradición humanística) acerca del orden metafísico y explicativo correcto. Dennett ejemplifica esta forma de pensamiento con las ideas de algunos filósofos clásicos. Así, por ejemplo, en el *Ensayo sobre el entendimiento humano* (de 1690), Locke argumenta que “es imposible concebir que cualquier materia simple no cogitativa pudiera producir un Ser inteligente pensante” (IV, X, § 10; 2005, p. 26). La intuición de Locke es que la “comprensión” o el “entendimiento” es una capacidad original y autónoma que *derrama* sus efectos sobre todas las operaciones y los productos de las criaturas que la poseen. Esta perspectiva vincula a Locke, Descartes y Kant con Fodor, Searle y Grice, entre muchos otros filósofos contemporáneos.

La inversión o el “asalto” de Darwin sobre esa Pirámide Cósmica, en particular sobre la idea de que la Mente de Dios ha creado la mente humana y que esta es responsable de los actos creativos y las obras inteligentes, supone el derrumbe del “modo de pensar de la primacía de la Mente” (*the Mind’s first way of thinking*)” (DDI, p. 70) o “visión del Cosmos de la primacía de la Mente” (*the Mind-first vision of the Cosmos*) (DDI, p. 204). Según Dennett, esta idea es una expresión de “chauvinismo filogenético” (1995, p. 376) convertido en filosofía. Su cuestionamiento es “profundamente contraintuitivo” (2009a, p. 10061), pero solo roza “un prejuicio mal examinado” (1995, p. 66). Se trata, precisamente, del prejuicio “*Mind-first*”, que deriva de “analizar el ‘producto terminado’ independientemente de su historia” (Dennett, 2018a, p. 145). Ahora bien, “¿[p]or qué las cosas más importantes de todas no podrían haber surgido de cosas no importantes?” (1995, p. 66) o, más precisamente, ¿por qué “fuerzas carentes de propósito y sin mente” (1995, p. 66) no podrían explicar la emergencia de criaturas con mente? DDI es un esfuerzo por persuadir, sobre todo a los filósofos, de que Darwin elaboró una respuesta afirmativa y correcta a esas preguntas.

El principio darwiniano que invierte el razonamiento puede resumirse en la siguiente fórmula: “para hacer una máquina perfecta y bella, no es requisito *conocer* cómo hacerla” o *conocer la teoría que da cuenta de cómo hacerla* (cfr. Dennett, 2009a, p. 10061; mi énfasis). Es decir, el origen de cualquier producto diseñado puede explicarse (total o parcialmente) mediante una ruta “laboriosa y no inteligente” (2009a, p. 10061) que explica la “acumulación de diseño” (1995, pp. 68 y ss.). Este

es, en síntesis, el principio de la *competencia sin comprensión*.⁶ Según este principio, cualquier tipo de criatura o subsistema orgánico y cualquier producto cultural, incluyendo el lenguaje, deben ser conceptualizados como “un efecto emergente de sistemas de competencia que carecen de comprensión” (Dennett, 2017a, p. 75), porque “la competencia viene primero” (2017a, p. 94). En el caso humano, como veremos luego, también la competencia precede a la comprensión, e incluso más: la comprensión no es “su *ingrediente activo*”, sino que “está *compuesta* de competencias” (2017a, p. 94). Generalizando el conocido canon de Morgan de la psicología comparada, Clatterbuck (2018) bautiza a este principio “el canon de Dennett”. Reza así: “deberíamos abstenernos de atribuir comprensión cuando la mera competencia bastaría para explicar la conducta” (Clatterbuck, 2018, p. 129).⁷ O, como afirma Rathkopf (2017, p. 1358) más breve y precisamente, Dennett recomienda “extender el canon de Morgan a la antropología”.

El concepto de “comprensión” (o “entendimiento”) refiere, de manera muy general, al modo humano de “apreciar los principios que explican por qué algo es como es” (Rathkopf, 2017, p. 1357), mientras que “competencia” refiere al conjunto de capacidades y habilidades de los organismos, y también de los microorganismos y los artefactos, que les permite satisfacer alguna función o lograr un cierto fin. Según la teoría darwiniana, la competencia es el fruto de procesos de selección, y ello explica que podamos describirla con provecho predictivo empleando el lenguaje intencional (Dennett, 1998).⁸ En el caso humano, no siempre involucra capacidades cognitivas sofisticadas y “razones” que las justifican, es decir, comprensión. En el caso de otras criaturas

⁶ Este principio se desarrolla en Dennett (2009b) y, sobre todo, en Dennett (2017a), pero está prefigurado en los capítulos 3, 12 y 15 de DDI.

⁷ El canon de Morgan de la psicología comparada recomienda: “En ningún caso podemos interpretar una acción como el resultado del ejercicio de una facultad psíquica superior, si podemos interpretarla como el resultado del ejercicio de una que está más abajo en la escala psicológica” (2007, p. 53).

⁸ Dennett (1998) distingue dos tipos de estrategias predictivas emparentadas: la *actitud de diseño*, aplicable a las funciones biológicas y los artefactos, y la *actitud intencional*, aplicable a los agentes humanos y a criaturas o entidades semejantes en cierto grado (algunos animales y artefactos inteligentes). Adoptamos ambas estrategias sin tomar compromisos acerca de su implementación, pero solo la segunda atribuye propósitos e intenciones bajo presunciones de racionalidad.

con distintos talentos (instintos, respuestas aprendidas mediante condicionamiento o ensayo y error, imitación o instrucción), no hay “mentes entendiendo las razones” que les atribuimos para entender su comportamiento. En estos casos operan “razones de flotación libre”: las razones por las cuales existen todos los productos naturales del diseño, surgidas de procesos selectivos ciegos y graduales. Son “de flotación libre” porque no son razones conscientes de algún agente inteligente, es decir, existen sin ser pensadas o representadas por alguna mente (cfr. Dennett, 2017a, pp. 50-52). Aunque pueden ser atribuidas a agentes competentes en tanto explican lo que hacen, no son razones “para ellos”. Los castores, los pájaros y las abejas, por ejemplo, tienen competencias sofisticadas para hacer diques, nidos y panales, respectivamente, pero no poseen un “saber que” que ponga a su alcance los porqués de sus comportamientos. Es decir, una cosa es la existencia de razones, otra es su representación por parte de un organismo (Rathkopf, 2017). “La apreciación de las razones es un producto más tardío, más avanzado que las razones” (Dennett, 2014b, p. 51). Estas, a su vez, emergieron de procesos causales: antes que los “para qué” (*what for*) vienen los “cómo llega a ser” (*how comes*) (Dennett, 2017a, p. 38).

Frente a muchos intentos de “contener la idea de Darwin dentro de una revolución ‘segura’, aceptable y meramente parcial”, es decir, confinada al dominio de la biología (Dennett, 1995, p. 63), Dennett argumenta que ella extiende sus efectos no solo hacia abajo (*all the way down*), sino también hacia arriba (*all the way up*). Sus efectos “hacia arriba”, como señalamos antes, impactan sobre nuestras mentes inteligentes y sus creaciones: ambas están sometidas al mismo “ácido universal”.⁹ Esta metáfora pretende ilustrar el carácter revolucionario del pensamiento darwiniano, en el sentido de que “corroe casi todos los conceptos tradicionales, y deja a su paso una visión revolucionaria del mundo, con la mayor parte de los más antiguos hitos todavía reconocibles, pero transformados de maneras fundamentales” (Dennett, 1995, p. 63). Otras metáforas aluden a los tipos opuestos de explicación del diseño: una, la tradicional, que apela a “ganchos celestes” (*skyhooks*); la otra, darwiniana, que recurre a “grúas” (*cranes*). La primera apunta a los mecanismos, poderes o agentes no terrenales postulados con el objeto de explicar el

⁹ La expresión “ácido universal” (el título del capítulo 3 de DDI) alude a una fantasía popular infantil acerca de un líquido que podría corroer o “devorar” todos los materiales y destruir el planeta.

diseño y así mantenerlo de algún modo “suspendido en el cielo”: una clase de “fuerza, poder o proceso *Mind-first*” (Dennett, 1995, p. 76). Las grúas, en cambio, realizan una tarea mecánica “elevando” cada pieza y, de ese modo, logran conservar y reproducir diseños previos.

De esta manera, la teoría darwiniana rebalsa el marco de una explicación acerca de los orígenes de la especiación biológica para convertirse en una “teoría general del diseño”, lo que se conoce como “darwinismo universal” (Dawkins, 1983). Ese único “Espacio de Diseño” está gobernado por los mismos principios fundamentales (cfr. Dennett, 1995, p. 135). Su principal mecanismo, la selección natural, es un proceso algorítmico “ciego” —carente de inteligencia— que opera sobre diferentes sustratos y produce cierta clase de resultados, si se dan las condiciones apropiadas (Dennett, 1995, pp. 54-55). Entonces, en virtud de aquella “inversión del razonamiento”, tanto el diseño natural como el cultural pueden explicarse sin recurrir a un “diseñador inteligente”, es decir, invocando procesos ciegos de variación, selección y copia. Así, el orden explicativo heredado, *i. e.* qué fenómenos deberían explicarse primero, cambia radicalmente: sobre la base de dichos procesos, ya sea a través de una secuencia evolutiva filogenética, del desarrollo, del aprendizaje o la innovación, será posible explicar cómo pueden emerger los restantes. Como dijimos, esta “inversión del razonamiento” se aplica también al lenguaje y a su relación con la mente humana.

Según la caracterización predarwiniana, en cambio, la comprensión en el caso humano —si se dan las condiciones óptimas— es un fenómeno ubicuo o generalizado, de modo que solo ella permite explicar la naturaleza de la cognición, la acción y la creación. Incluso más, se da por supuesta ante cualquier muestra de comportamiento o producto inteligente (Dennett, 2017b). Consiste en un tipo de *metacognición consciente* en el siguiente sentido: solo un agente que entiende lo que piensa y por qué, y entiende también otras alternativas y las razones que podrían avalarlas o desacreditarlas, posee verdadera o genuina competencia cognitiva, es decir, *competencia con comprensión*. Dicho agente está situado —para decirlo en el idioma sellarsiano— en el “espacio lógico de las razones”, aquel en el que “se es capaz de justificar lo que uno dice” (cfr. Sellars, 1997, § 36). Este “espacio lógico” está cerrado para las criaturas que no pueden dar o pedir razones.

Ahora bien, aunque existe en muchos casos una estrecha relación entre las capacidades representacionales conscientes y los comportamientos inteligentes y racionales, esa relación es “un hecho reciente de la historia

natural”, no un “principio metafísico” que vale para todos los casos (Dennett, 1995, p. 205). Así, desde una *perspectiva diacrónica*, la inversión consiste en tratar a la mente como un efecto antes que como una causa (cfr. Dennett, 1995, p. 63). Desde una *perspectiva sincrónica*, la genuina comprensión humana también debería concebirse como un producto, pero en este caso de “las actividades de todos los *bits* semimentales y no mentales” que la componen (1995, p. 206). En las secciones siguientes veremos cómo estas dos perspectivas se complementan para dar cuenta de distintas dimensiones del lenguaje.

La teoría darwiniana proporciona, además, las herramientas para identificar no sólo tipos y grados de competencia, sino también tipos y grados de comprensión: en tanto efectos de procesos seleccionistas, ambas capacidades se presentan de maneras y en grados diferentes, dependiendo de una variedad de factores. Así, no todos los comportamientos humanos que consideramos inteligentes —por ejemplo, anticipar, rectificar o implementar un curso de acción— requieren tener representaciones y metarepresentaciones conscientes acerca de esas operaciones y sus contenidos, sus presupuestos e implicaciones, y las razones que justifican las decisiones adoptadas (cfr. Dennett, 2017a, p. 95). Aun cuando la comprensión puede ser útil e incluso inevitable en algunos casos, también ocurre con frecuencia de manera opcional, parcial, superficial, provisional, confusa, autoengañosa o *a posteriori*. Así mismo, puede desempeñar un rol relevante para la economía total del organismo y de su sistema cognitivo, con distintas funciones —por ejemplo, planificar, racionalizar, manipular a otros, etc. (cfr. Dennett, 2017a, pp. 340 y ss.)—, no solo justificar las competencias específicas puestas en juego. Es decir, los humanos no siempre nos representamos las razones que están operando en nuestros modos de actuar, y cuando lo hacemos, estas no siempre explican o justifican nuestro comportamiento, o no lo hacen del todo adecuadamente. Ahora bien, “el hecho de que podamos *poseer* estas razones (inteligente o estúpidamente) nos hace susceptibles de hablar de ellas y hablar con los demás” (Dennett, 2017a, p. 219). Es decir, tenemos la posibilidad de someterlas a escrutinio público, revisarlas o convertirlas en “nuestras” razones, porque el uso del lenguaje nos proporciona las herramientas, tanto mentales como comunicativas, para hacerlo. Y ello introduce una diferencia crítica, como veremos en las secciones 6 y 8.

Ahora bien, la idea no es que la *comprensión* es siempre secundaria, inerte o incluso prescindible, sino, más bien, que deberíamos recurrir

a un modelo híbrido para dar cuenta de nuestra capacidad para crear y apreciar diseños inteligentes, ajustando en cada caso el peso relativo que corresponde asignar a diferentes capacidades: apelando, por una parte, a procesos cognitivos y creativos de alto nivel y, por otro lado, a condiciones de posibilidad basadas en capacidades, destrezas y disposiciones de “bajo nivel”, donde no interviene inteligencia alguna. Es decir, “hay una codependencia entre las capacidades de razonamiento de arriba abajo de nuestras mentes y los talentos de abajo arriba, sin comprensión, de nuestros cerebros animales” (Dennett, 2017a, p. 415). En síntesis, según la perspectiva darwiniana, por una parte, hay “un parentesco entre las más finas producciones del arte y la ciencia y las glorias de la biosfera” (Dennett, 1995, p. 511). Pero, por la otra, los procesos “profundamente darwinianos” que dieron origen a la cultura humana, basados en competencias sin comprensión, “*gradualmente se desdarwinizaron, aumentando la comprensión y la capacidad de organización de arriba-abajo*” (Dennett, 2017a, p. 148; énfasis de Dennett). Retomaré esta cuestión más adelante.

Años después de la publicación de DDI, Dennett reflexionaba así:

He llegado a reconocer en los últimos años que quizás la idea revolucionaria central que nos dio Darwin, su “extraña inversión del razonamiento” [...] es la idea de *competencia sin comprensión*. Tendemos a pensar —especialmente si somos filósofos— que la competencia debe *fluir de* la comprensión, que primero necesitamos comprender *para poder* ser competentes [...]. No, realmente es al revés: nuestra comprensión es el producto de cascadas de competencias para semicomprender, pseudocomprender, no comprender con las que estamos dotados, primero por la selección natural, luego por el aprendizaje y el rediseño cultural, especialmente lingüístico (2013, pp. xi-xii).

Consideremos, entonces, cómo la “inversión del razonamiento” permitiría explicar distintas dimensiones del lenguaje humano.

2. La importancia del lenguaje para un enfoque darwinista

La formación de diferentes lenguajes y de especies distintas y las pruebas de que ambas se han desarrollado siguiendo un proceso gradual, son curiosamente las mismas.

Darwin (2009b, p. 59).

Como afirma Darwin, vistos desde la perspectiva de sus orígenes, los lenguajes son suficientemente parecidos a las especies: emergen y se desarrollan gradualmente por medio de mecanismos similares. Por otro lado, así como la vida, el lenguaje es un fenómeno “suficientemente complicado” como para pretender estudiarlo con provecho buscando identificar condiciones necesarias y suficientes (cfr. Dennett, 1995, pp. 201-202).

Ahora bien, según el enfoque tradicional, para explicar los fenómenos lingüísticos debemos tomar como modelos a las mentes evolucionadas adultas, conscientes de los contenidos de sus pensamientos, produciendo actos con significados intrínsecos. Dicho enfoque no es solo sincrónico sino también homogéneo en un sentido específico: está basado en “nuestra tendencia natural a interpretar *todo* diseño como de arriba-abajo, es decir, en tanto conducido por la representación” (Dennett, 2014b, p. 58). Pero es también homogéneo por privilegiar ciertos rasgos del lenguaje, considerados nucleares, y ciertas funciones, consideradas constitutivas, dejando fuera del foco de atención las que se conciben como periféricas o secundarias. Me referiré a otros rasgos de este enfoque en las secciones que siguen.

Por su parte, siguiendo a Darwin, Dennett está interesado en otros aspectos, tales como la “formación de diferentes lenguajes”, reconstruir cómo adquieren significado los signos lingüísticos y, más ampliamente, cómo distintas entidades adquieren la propiedad de ser intencionales, cómo los niños llegan a aprender su lengua materna, de qué maneras las palabras nos permiten pensar pensamientos cada vez más complejos y contribuyen a transmitir y acumular información cultural; en suma, cómo usamos el lenguaje para diferentes fines sociales e individuales. Para dar cuenta de estos diferentes fenómenos, propone Dennett, se requiere una “inversión del razonamiento”, adoptando los dos

caminos complementarios ya mencionados: el diacrónico gradualista y el sincrónico, pero ahora de “abajo arriba”. La combinación de ambos permitirá explicar mejor que los enfoques clásicos no solo las cuestiones de las que estos se ocuparon, sino también identificar y explicar una variedad más amplia de dimensiones del lenguaje que aquellos desatendieron. Por ello, tanto en DDI como en su obra previa y posterior, el lenguaje ocupa un lugar muy relevante. Las principales referencias al tema están expuestas en *Darwin's Dangerous Idea* y en *From Bacteria to Bach and Back*. Otros escritos previos y posteriores, no recogidos en ellos, también serán consultados.

3. Los memes y la evolución de la cultura

Tampoco [...] la facultad del lenguaje articulado es una objeción irrefutable a la creencia de que el hombre se haya desarrollado procediendo de una forma inferior.

Darwin (2009b, p. 62).

La teoría de la evolución expuesta en *El origen de las especies* (de 1859) se extiende también al *Homo Sapiens*, tal como Darwin lo hizo explícito en *El origen del hombre* (de 1871). No es ocioso destacar el alcance de su teoría: desde entonces, algunos debates (y vestigios culturales) muestran la supervivencia de una visión antidarwiniana sobre nosotros basada en una u otra versión de la tesis de que somos criaturas especiales. En efecto, dicha tesis asumió con frecuencia el supuesto de que la teoría de la evolución no es aplicable a nosotros, o al menos no a nuestras características distintivas. Según este razonamiento, nuestra condición única solo podría ser explicada apelando a factores *sui generis*, porque, de lo contrario, “debe crecer a partir de algo que es *menos*, algo *cuasi*, algo simplemente *como si* más que algo intrínseco” (Dennett, 1995, p. 341). Como advierte Dennett (1995, p. 345), este tipo de explicaciones ha sido predominante en las ciencias de la cultura de todas las épocas. Por su parte, los grandes logros de la cultura humana parecieran aportar la evidencia más contundente de que somos especiales. Ahora bien, para que la cultura se desarrolle y acumule se requiere del lenguaje. Nuevamente, o bien el lenguaje carece de una historia evolutiva, o tuvo que evolucionar a partir de precursores cuasilingüísticos. A su vez, antes de contar con el lenguaje, no podemos presuponer ni inteligencia ni cooperación: “todo esto tuvo que construirse afanosamente” (Dennett,

1995, p. 341). ¿Cómo explicar, entonces, la emergencia y la probable coevolución de estas características que nos hacen especiales?

Sobre los orígenes evolutivos del lenguaje, Dennett ofrece poco más que una reconstrucción general de las hipótesis y los debates sobre el tema, de la que me ocuparé, brevemente, en la siguiente sección. Antes presenta una detallada propuesta sobre la evolución cultural, y en particular sobre la evolución cultural del lenguaje que es, en gran medida, su propia explicación darwiniana acerca de nuestra singularidad. Ambos fenómenos ilustran la “extraña inversión del razonamiento”.

Apoyado en la propuesta de Dawkins de los memes como replicadores culturales, desde su formulación original en *The Selfish Gene* (1976) hasta sus versiones menos entusiastas en *The Extended Phenotype* (1982),¹⁰ Dennett intenta explicar tanto la evolución cultural en general como la emergencia y la propagación del lenguaje en particular. Según Dawkins, un meme es “una unidad de transmisión cultural, o una unidad de *imitación*” (1976, p. 206).¹¹ Lo que se imita o copia es una *unidad memorable distinta* de información o *unidad de información semántica* (cfr. Dennett, 2017a, p. 206), transmitida por medio de diferentes vehículos, incluyendo las palabras (cfr. Dennett, 1995, p. 344). El concepto de “información semántica” refiere a todo aquello que una criatura puede percibir en su entorno que puede hacer una diferencia para ella en términos adaptativos, es decir, “diseño que vale la pena obtener” (Dennett, 2017a, p. 115). Esta noción difiere de la más abstracta de “contenido semántico” de los enfoques clásicos, porque es relativa a la perspectiva, al entorno y a las acciones de una criatura.¹²

¹⁰ Dennett conjetura que la incorrecta identificación, por parte de las “mentes humanistas”, de la memética con la sociobiología humana —simplificadamente, la reducción de los fenómenos socioculturales a fenómenos biológicos, *v. gr.* a predisposiciones genéticas (cf. Dennett, 1995, pp. 481 y ss.)— es responsable de la versión más escéptica de Dawkins acerca de su contribución a las ciencias de la cultura (cfr. Dennett, 1995, pp. 361 y ss.). Es probable que buena parte de la resistencia perdurable a la memética obedezca a una interpretación de ese tipo.

¹¹ El término elegido por Dawkins, suficientemente parecido a “gen” (*gene* en inglés), deriva del griego *mimeme*, que significa “cosa imitada”.

¹² Este concepto de “información semántica” está emparentado con el de *affordance*, que es la posibilidad u oportunidad para la acción suscitada por los objetos del entorno de una criatura, incluidos los artefactos culturales en el caso humano, que son percibidos por ella como directamente significativos.

Otro rasgo definicional de los memes es que son “los elementos más pequeños que se replican a sí mismos con fiabilidad y fecundidad” (Dennett, 1995, p. 344). Un replicador es una unidad de información que puede reproducirse empleando los recursos de algún sustrato material. Ahora bien, “la evolución de los memes no pudo haber comenzado hasta que la evolución de los animales hubiera recorrido el camino que llevó a crear una especie —el *Homo Sapiens*— con cerebros capaces de proporcionar refugio y hábitos de comunicación que facilitasen a los memes medios de transmisión” (Dennett, 1995, p. 345). Ahora bien, aunque los hábitos de comunicación pudieron comenzar a desarrollarse mediante el uso de medios no verbales, fue la emergencia del lenguaje la que hizo posible la acumulación cultural (cfr. Dennett, 1995, p. 347). Es decir, las unidades mínimas de transmisión cultural solo habrían sido posibles por la disponibilidad de mecanismos y herramientas comunicativas, primero preverbales y luego verbales. Dennett introduce esta hipótesis sobre los orígenes comunicativos del lenguaje recién en (2017a). Me referiré a ella en la sección 8.

En tanto entidades semánticas, los memes son tan invisibles como los genes, aunque necesitan “encarnarse” en algún vehículo físico para poder replicarse. Ahora bien, diferentes vehículos y formatos pueden transmitir un mismo meme, por ejemplo, una misma obra dramática (es decir, una misma historia puede ser tanto escrita como filmada). Por otra parte, los memes pueden ser individuados en diferentes niveles de abstracción respecto a la materialidad de sus soportes. De ese modo, su propagación eficiente podría depender de criterios de identidad de grano más o menos fino. Veremos ejemplos de este tipo en algunos memes lingüísticos, *v. gr.*, vehiculizados por palabras. Estos dos vínculos tan diferentes de los memes con sus vehículos evidencian una tipología muy variada.¹³ Ahora bien, aunque el criterio de identidad

Una *affordance* es “un objeto ecológico rico en valor” (Gibson 1979/2015, p. 132). Dennett aplica esta noción a todos los memes, incluidas las palabras.

¹³ Los memes también pueden tener diferentes tamaños y complejidad, *v. gr.* los mitos, las instituciones, los credos, etc. (cfr. Dennett, 2017a, p. 188), lo que hace recomendable distinguir entre memes simples y complejos. Pero no es claro cómo descomponer un meme complejo en sus elementos simples ni cuál podría ser el papel explicativo de estos. Dennett (2017, pp. 221-247) intenta responder a esta y a otras objeciones a su propuesta concediendo muchas críticas e intentando mostrar el grado de compatibilidad de los memes con las herramientas teóricas

semántico puede suscitar dificultades frente a casos tan dispares, sería imprescindible —aunque probablemente insuficiente— para dar cuenta de la transmisión y transformación de la información para las “ciencias de la cultura”. Como se ha dicho, los memes son “suficientemente discretos” (Blackmore, 1999). Ello les permitiría desempeñar papeles causales relevantes en la explicación de los fenómenos culturales, identificando primero cuál información está en juego para formular, luego, predicciones basadas en la detección de patrones comunes.

Dennett sigue a Dawkins al asemejar los memes a los genes. Además de ser invisibles, ambos transportan información —cultural y biológica, respectivamente— y pueden concebirse como unidades de selección, es decir, como las entidades cuyas copias proliferan, más o menos. En consecuencia, principios explicativos comunes se podrían aplicar a ambos, o sea, obedecerían a los mismos procesos de selección natural (cfr. Dennett, 1995, p. 345; 2017a, cap. 11). Pero hay también diferencias entre ellos. La primera es que los memes son transmitidos con menor fidelidad que los genes. En efecto, los cerebros que son sus “hogares temporarios” no solo los replican de manera fidedigna, sino que también los censuran, transforman y alteran de diferentes maneras. Las condiciones ambientales también influyen en el grado y manera en que se replican. En síntesis, los memes mismos tienen criterios de identidad más o menos inestables e indeterminados: aunque algunos pueden ser imitados fielmente, otros solo son reproducidos preservando un suficiente parecido, es decir, son “solo un poco meméticos [*memish*], en un grado u otro [...] sea como fuere que lleguen a la escena” (Dennett, 2014a). Finalmente, a diferencia de los genes, los memes son criaturas de la imagen manifiesta (Sellars, 1992), es decir, del mundo tal como es “para nosotros”, no de la imagen científica (Dennett, 2017a, p. 287).¹⁴ Dado que son objetos intencionales, solo son discernibles desde la actitud intencional. Aún más: conforman una red que da forma a las características de las criaturas culturales que somos, es decir, se presentan a través de nuestras diferentes expresiones fenotípicas. Incluso “nuestros yoes han sido creados a partir de la

de las ciencias de la cultura, así como refinando su evaluación de los beneficios que la perspectiva memética podría agregar a ellas.

¹⁴ El asunto es más complejo porque las palabras se aprenden y emplean muchas veces “de forma inadvertida e inesperada”, por lo que solo serían parte de la imagen manifiesta cuando “nos percatamos y somos capaces de reflexionar sobre ellas” (Dennett, 2017a, p. 267).

interacción de memes” (Dennett, 1995, p. 367). Por lo tanto, adoptar la perspectiva memética no conlleva ninguna reducción biologicista ni de la cultura ni de la evolución cultural.

La idea original de Dawkins incluye otra característica crítica: un rasgo cultural podría evolucionar “simplemente porque es *ventajoso para sí mismo*” (Dawkins, 1976, p. 214). Este es el concepto de “meme egoísta” (análogo al de “gen egoísta”). Esta caracterización busca cuestionar el supuesto de una conexión necesaria entre el poder de replicarse o el *fitness* de un meme, visto desde el “punto de vista del meme” y su contribución a “nuestro *fitness*”, desde nuestra propia perspectiva, según algún estándar (cfr. Dennett, 1995, p. 363). Es evidente que el concepto mismo de un “punto de vista del meme desafía uno de los axiomas centrales de las humanidades” (1995, p. 362), porque colisiona con lo que podríamos llamar “el punto de vista egocéntrico”, según el cual, dadas ciertas condiciones, *nosotros* elegimos (apreciamos, comprendemos, etc.) “lo verdadero, lo bello y lo bueno”, encarnados en ciertos productos culturales, o al menos, lo hacemos en la medida que nuestras capacidades hayan podido desarrollarse apropiadamente. El punto de vista según el cual *nosotros* estamos a cargo de nuestras decisiones y somos los beneficiarios de ellas, no nuestros memes, pareciera el más natural (cfr. Dennett, 1995, pp. 327-328).

Sin embargo, argumenta Dennett, el *desacoplamiento* entre estos “dos puntos de vista” podría explicar de una manera sencilla fenómenos que son ubicuos en la cultura humana. En primer lugar, podría explicar por qué muchos memes proliferan a través de nosotros a pesar de no contribuir a nuestro ajuste con el entorno, “manipulando” incluso nuestra apreciación de su supuesto beneficio para nosotros. Es decir, podría explicar la permanencia y proliferación de memes perniciosos o que carecen de ciertas virtudes apreciadas por sus portadores, sin que debamos recurrir a explicaciones en términos de factores excepcionales o desviaciones de las normas (p. ej., casos de irracionalidad, inmoralidad o similares) bajo presupuestos racionales idealizados (cfr. Dennett, 1995, p. 363). De modo similar, permite explicar por qué algunos memes pueden extinguirse a pesar de ser beneficiosos para sus huéspedes, o por qué pueden ser, al mismo tiempo, benignos para sus huéspedes (p. ej., “orgullo étnico”) pero perjudiciales para otros (“xenofobia”)

(cfr. Dennett, 1995, p. 364, n. 11).¹⁵ A todos nos sucede, incluidas las mentes más lúcidas, que ciertos *memes* “persisten [...] sin ser dirigidos ni apreciados, o que se extienden —como los rumores— a pesar de la general desaprobación de esta expansión por parte de aquellos que contribuyen a propagarlos” (Dennett, 1995, p. 347). ¡Algunos se robustecen a pesar de su comprobada falsedad! También permitiría explicar por qué no “adoptamos” las buenas ideas cuyas credenciales tenemos las capacidades para apreciar o, al revés, por qué cuando lo hacemos, ello puede suceder sin nuestra contribución activa.

Por su parte, dado que “el punto de vista del meme” incorpora las creaciones “no apreciadas por nadie”, no restringe la atención de los estudios culturales a las manifestaciones de la “alta” cultura (cfr. Dennett, 2017a, p. 215). Finalmente, puede dar cuenta de cómo se puede preservar y transmitir la información que portan sus vehículos, aun cuando esta no sea comprendida en absoluto, *v. gr.* el caso de “la instalación de un lenguaje nativo en un infante humano” (2017a, p. 194), caso al que me referiré más adelante. En resumen, “el punto de vista del meme” permite sortear la “perspectiva psicológica tradicional”: el requerimiento de que detrás de cada innovación y transmisión cultural hay ideas o creencias *entendidas* y “*uptake* consciente” por parte de “artífices individuales” (2017a, pp. 212-213). Por lo tanto, “es valiosa para *despsicologizar* la propagación de las innovaciones (buenas y malas)” (2017a, p. 239). De ese modo, no solo evita sobrestimar el rol de la comprensión en la cultura (cfr. Dennett, 2009b, p. 435), sino que contribuye a rectificar el relato de la historia cultural como una acumulación de proezas y éxitos que son el fruto de la labor de inventores lúcidos o creadores geniales en un camino sin tropiezos ni fracasos onerosos (cfr. Dennett, 2017a, p. 309). Aunque es muy discutible que este relato tenga actualmente el mismo asidero en las ciencias de la cultura que el que tuvo en épocas de mayor confianza en la racionalidad humana, sigue operando como un supuesto implícito que impregna el sentido común.

Dennett (2017a, pp. 210-211) sintetiza los rasgos distintivos del concepto de “memes”: (1) son *unidades informacionales* relativamente independientes de sus vehículos, es decir, identificables por su función —

¹⁵ Este contraste entre los memes que hospedamos y nuestras mentes es, en otro sentido, artificioso, porque “la mente humana es ella misma un artefacto creado cuando los memes reestructuran un cerebro humano para hacerlo un mejor hábitat para memes” (Dennett, 1995, p. 365).

almacenar y transmitir información—; (2) que *pueden ser no comprendidas*, es decir, pueden ser receptadas (aprendidas, transmitidas) sin que los huéspedes humanos seamos capaces de representarnos su función, y (3) *son egoístas*, es decir, promueven su propio éxito reproductivo, no el de sus huéspedes, aunque también pueden ser beneficiosos para ellos. Como veremos enseguida, las palabras satisfacen estas tres características.

Como se dijo antes, la perspectiva memética es compatible con el papel del diseño inteligente, sobre todo en la historia cultural reciente. En este sentido, ofrecería un modelo que podría dar cuenta de la evolución cultural pasada en mucha mayor medida que de la reciente (retomaré esta cuestión al final). En todo caso, sería apropiado afirmar que los frutos de la cultura humana son el efecto de “una mezcla de respeto a la tradición, improvisación imprudente y oportunista y una I+D deliberada, intencional y sistemática, interrumpida de vez en cuando por episodios de ‘inspirada’ genialidad” (2017a, p. 371), incluyendo la “comprensión colaborativa” o grupal. La sugerencia que se desprende de esta síntesis es que la evolución cultural debería ser explicada por la intervención de mecanismos y capacidades de tipos muy diferentes (cfr. Sterelny, 2006 y Mesoudi, 2021 para propuestas de ese tipo).

Dennett (2014a; 2017a, pp. 221-247; 2023, cap. 32) hizo varios esfuerzos infructuosos por acercar las diferentes propuestas sobre la evolución cultural, minimizando los desacuerdos entre ellas y explorando su posible complementariedad. En cualquier caso, mi interés está limitado a reconstruir los argumentos con los que Dennett defiende que el examen de la cultura en unidades meméticas agrega una *perspectiva* útil a la explicación de la evolución cultural de conformidad con la “inversión del razonamiento” darwiniana, dando fundamentos a una explicación unificada, aunque no reductiva, del mundo natural y cultural.

Al respecto, Dennett aclaró que la noción de “meme” es un constructo teórico útil, pero no para fundamentar una disciplina científica, la memética, o una teoría científica, la teoría memética de la cultura, sino porque aporta una *perspectiva* fructífera al estudio de los ítems culturales (cfr. Dennett, 1995, pp. 345-346 y 368; 2017a, pp. 210, 216-217 y 237 y ss.). Es decir, los mismos productos que antes eran *solo* descriptos como el fruto de la intervención de procesos deliberados pueden ser caracterizados también como efectos de mecanismos de creación, imitación y transformación relativamente “ciegos”, susceptibles de ser evaluados, desechados o propagados de maneras

demasiado graduales para ser percibidas y que, además, no siempre son beneficiosos para las comunidades que los conservan (Dennett, 2017a, p. 240). Simplificadamente, la perspectiva memética “llena la gran e incómoda brecha entre los instintos genéticamente transmitidos y las invenciones comprendidas, entre animales competentes y diseñadores inteligentes” (Dennett, 2017a, p. 241). Consideremos ahora los memes lingüísticos.

3.1. Las palabras como memes

La supervivencia o preservación de determinadas palabras favorecidas en la lucha por la existencia es selección natural.

Darwin (2009b, pp. 60-61).

Según Dennett (1995, p. 347; 2009b, p. 437; 2017a, p. 206), las palabras “son los mejores ejemplos de memes” o los memes paradigmáticos.¹⁶ Según mi reconstrucción, esta afirmación se fundamenta en los siguientes hechos: (a) son criaturas “opcionales”, no innatas, *i. e.* tienen un origen cultural, e incluso más: son “el medio dominante de innovación y transmisión cultural” (cfr. Dennett, 2017a, p. 208); (b) tienen una “fuerte individualidad”: en tanto entidades discretas y más simples que otros memes, pueden transmitirse con mucha fidelidad, es decir, pertenecen a “la clase que puede ser pronunciada” (2017a, p. 206), una característica que las hace “memorables”,¹⁷ y (c), se transmiten (copian, recuerdan, enseñan, denuncian, etc.) a través de las comunidades lingüísticas. La conjetura es que el lenguaje habría evolucionado hacia formas codificadas de vehiculizar la información semántica porque de ese modo se facilitó su preservación de manera fidedigna, pudiendo evolucionar por replicación diferencial, es decir, por selección natural, como sostuvo

¹⁶ Compuestos de palabras, como las frases hechas y las expresiones idiomáticas, también son unidades informacionales que se replican. Procesos no dirigidos “toman *combinaciones replicadas con frecuencia* y las solidifican gradualmente en unidades que pueden replicarse por sí solas como unidades combinatorias” (Dennett, 2017a, p. 276). Planer (2024), siguiendo a Dennett, enfatiza el mismo punto: muchas construcciones y estructuras sintácticas que combinan rasgos fonológicos y semánticos también son memes porque se replican con facilidad y fidelidad.

¹⁷ Incluso “son autónomas en ciertos aspectos” (Dennett, 2017a, p. 189), ya que pueden migrar a otras lenguas.

el propio Darwin en los textos de *El origen del hombre* citados *supra*. Sus usos comunicativos desempeñaron un papel crítico en dar su perfil a las palabras.

Ahora bien, en tanto criaturas concretas, las palabras y antes las protopalabras están compuestas por secuencias de fonemas, es decir, tienen un carácter digital. Ello permite que puedan ser percibidas y recordadas mejor. Esa propiedad de sus vehículos es una solución de diseño que favoreció su reproducción fidedigna (más sobre este rasgo en la sección siguiente). Así, cada caso o *token*, cuando es replicado por otros ejemplares, genera un meme, es decir, genera su descendencia. El conjunto de esa descendencia forma una especie: esta es la palabra como tipo o *type* (cfr. Dennett, 2017a, p. 189). Así, en tanto memes, las palabras no son sus *tokens* o instancias concretas, en una u otra lengua, o en una u otra modalidad, hablada o escrita. Tampoco tendrían que concebirse como entidades abstractas, como se sostiene desde los enfoques formales (cfr. Dennett, 2017a, p. 188). Por el contrario, antes que nada, las palabras son “maneras de hacer algo [...], una clase de *modo de comportamiento* que puede ser copiado, transmitido, recordado, enseñado, evitado, denunciado, lucido, ridiculizado, parodiado, censurado, consagrado” (2017a, p. 206). Más aún, una palabra es “una clase mínima de *agente: quiere lograr ser dicha* [...] porque si no, se extinguirá” (2017a, p. 189). Estas caracterizaciones metafóricas intentan facilitar la comprensión de la dinámica propia de las palabras como memes.

Como señalamos acerca de los memes en general, también en el caso de las palabras los mismos contenidos semánticos pueden ser transportados por diferentes vehículos fonológicos y sintácticos, por ejemplo, un mismo texto puede ser traducido a diferentes lenguas. Y al revés: la identidad de algunos *memes* depende de maneras críticas de sus “rasgos de bajo nivel”, por ejemplo, de sus propiedades fonéticas, ortográficas, rítmicas y otras (como con los refranes, los poemas, los *jingles*, las marcas, las “frases hechas”). En tales casos, el vínculo entre forma y contenido los hace más fácilmente memorables, lo que permite que se repliquen más fidedignamente. Se podría argumentar que solo este tipo de expresiones deberían conceptualizarse como memes y que sus diferencias con otro tipo de palabras hacen difícil subsumir bajo un mismo concepto a criaturas informacionales tan diferentes. Sin embargo, si se aprecia la utilidad funcional del concepto general de “meme” como

“unidad de información semántica”, es razonable aceptar que esta pueda encarnarse en vehículos y formatos heterogéneos.

Dennett sigue la sugerencia de Darwin de que “ningún lenguaje ha sido deliberadamente inventado; cada uno ha sido lenta e inconscientemente desarrollado a través de muchos pasos” (Darwin, 2009b, p. 55). Según la perspectiva memética, las palabras carecen de un origen inteligente. De hecho, casi todas “tienen muchos padres [...] exceptuando, por supuesto, las invenciones y mejoras de las nomenclaturas científicas y aquellos esquemas de lenguaje filosófico que se han propuesto” (Darwin, 2009b, p. 379). Por cierto, el lenguaje debió ser inventado, pero no de manera intencionada o voluntaria, sino a través de procesos de “selección inconsciente” (Darwin, 2009a, p. 241), un tópico sobre el cual se generó incluso cierta polémica, contemporánea a la publicación de *La descendencia del hombre*. Dennett propone que la selección de las palabras es atribuible a diferentes mecanismos que llevarían a distinguir entre palabras *sinantrópicas*, criaturas adaptadas más que creadas artificialmente, y palabras *domesticadas*, que son el fruto de la intervención activa de los humanos en su diseño y propagación (cfr. Dennett, 2009b y 2017a). Finalmente, de manera similar a los virus, deberíamos distinguir entre palabras *parásitas*, *comensales* y *mutualistas* (cfr. Dennett, 2009b y 2017a, pp. 192 y ss.). Mientras que las primeras son perjudiciales para sus huéspedes, las *comensales* son neutras y las *mutualistas* los benefician, es decir, mejoran su aptitud sociocultural (cfr. Dennett, 2017a, p. 193, n. 51). Estas diferentes relaciones de las palabras con sus usuarios tendrían que contribuir a explicar diferentes tipos de usos en el discurso.

Las propiedades de los memes lingüísticos difieren de las atribuidas a las palabras y los significados en los enfoques canónicos: tanto de sus propiedades formales en cuanto unidades léxicas, como de sus funciones semánticas en cuanto nombres y predicados, en la medida en que son concebidos como los componentes mínimos de las estructuras oracionales y de las proposiciones que estas expresan. En cambio, las palabras y los compuestos de ellas conceptualizadas como memes poseen estructuras, funciones y grados de complejidad muy dispares entre sí. Tampoco se compadecen con la visión canónica sobre los hablantes, según la cual, por una parte, estos comprenderían plenamente los contenidos semánticos de las palabras que forman parte de sus repertorios léxicos porque, como dijimos, para aprender y replicar un meme no se requiere comprensión semántica plena; y, por otra parte, porque los hablantes

no siempre “deciden” cuáles palabras usar más o menos (o no usar): algunos memes se instalan y reproducen más eficazmente que otros sin nuestra colaboración consciente. Estos dos rasgos ponen en evidencia que “la comprensión humana no es ni necesaria ni suficiente para la fijación de un meme en la cultura” (Dennett, 2017a, p. 211). Volveré sobre esta cuestión en la sección 7.

La caracterización de las palabras como memes introduce, pues, una perspectiva diferente. Como veremos enseguida, nos permite comprender su trayectoria evolutivo-cultural como unidades con “historias de descendencia con modificación” (2017a, p. 207), así como la trayectoria de su aprendizaje, ambas dimensiones diacrónicas virtualmente ausentes en los enfoques filosóficos formales. Me referiré ahora, brevemente, a ambas cuestiones.

4. El origen del lenguaje

En “Chomsky contra Darwin: cuatro episodios”, Dennett (1995) reconstruye la génesis de la hipótesis chomskiana de una competencia lingüística innata: una estructura de reglas innatamente especificadas. La controversia con Chomsky se había iniciado en *Behavioral and Brain Sciences* (Dennett, 1980). Allí Dennett había propuesto que, si la hipótesis chomskiana fuera correcta, debía buscarse en la biología evolutiva una explicación de su carácter innato, dado que “lo que es innato debe haber sido ‘aprendido’ en la historia evolutiva” (1980, p. 19). Sin embargo, “el órgano del lenguaje, pensaba Chomsky, *no* era una adaptación sino [...] un misterio” (Dennett, 1995, p. 389) o un “don inexplicable” (p. 390). Dennett (2017a, pp. 276 y ss.) retoma el debate sobre la postulación de un Dispositivo de Adquisición del Lenguaje innato por parte de Chomsky y vuelve a referirse a “su terca resistencia” (Dennett, 2017a, p. 277) a explicar dicha competencia mediante la selección natural, convirtiéndola casi en un “gancho celeste” —una “mutación azarosa” o una “coincidencia cósmica”— antes que en una “grúa”.

La versión “minimalista” de esa hipótesis, defendida en Hauser *et al.* (2002), que limita la capacidad innata a una operación lógica de recursión o “ensamble” (*merge*) —un mecanismo para anidar expresiones en otras expresiones—, según Dennett, en el mejor de los casos, no sería más que una “elegante idealización matemática” de una primera adaptación para la gramática, seguida de muchas otras en un proceso evolutivo gradual (cfr. 2017a, p. 281). Sugiere, incluso, que la gramática podría ser el efecto de un proceso de “abajo arriba” intermedio, ni heredado genéticamente

ni conseguido mediante un tipo de aprendizaje profundo e inconsciente de búsqueda de patrones (cfr. 2017a, pp. 275-276). Desde *Darwin's Dangerous Idea* hasta *From Bacteria to Bach and Back*, el interés de Dennett por el enfoque chomskiano disminuyó notablemente en proporción al suscitado por la proliferación de hipótesis sobre los orígenes evolutivos del lenguaje en las últimas décadas.

El apartado más extenso de este capítulo, “El problema del huevo y la gallina”, está dedicado al examen de “una lista tentativa de las funciones a las que han servido eventualmente todos los lenguajes” (2017a, p. 250). Sin embargo, solo la primera es claramente una función: su “utilidad comunicativa”. Abarca la gran variedad de acciones que podemos realizar mediante el uso de las señales verbales: ordenar, preguntar, pedir, informar, entretener, fingir, etc. Los restantes son los rasgos distintivos de las señales, en la modalidad vocal que fue la predominante, sin los cuales dicha función, incluyendo la *transmisión fiel de la información*, no habría podido ser satisfecha. Ellos son la *productividad* o el poder de producir infinitos significados diferentes con un repertorio limitado de ítems léxicos; la *digitalidad* o la capacidad para corregir el ruido que pudiera acompañar a la producción o a la comprensión de la señal, una propiedad crítica que permite preservar la información que transportan los fonemas que componen la señal; y la *referencia desplazada* o la capacidad para referir a lo que no está presente, no existe o ya ocurrió. Por último, dado que el lenguaje debe poder ser *fácilmente adquirido*, ello habría favorecido la modalidad vocal frente a otras modalidades. En virtud de las propiedades antes mencionadas, el lenguaje vocal habría podido satisfacer la función de ser *comunicativamente útil*.¹⁸

Su conjetura más fundamental es que el lenguaje se habría apoyado en “un instinto para cooperar” con coespecíficos (2017a, p. 251), una capacidad que está presente en otras criaturas sociales, en combinación con “un hábito instintivo para la imitación” (p. 251) o “imitación primitiva” (Dennett, 2018a, p. 149). Ambas capacidades habrían creado una presión selectiva para cooperar cada vez mejor. Aquí la hipótesis memética podría aportar una solución al “problema del huevo y la gallina”: ¿qué fue primero, las capacidades cognitivas o el lenguaje?

¹⁸ Dos aspectos muy relevantes diferencian su perspectiva de otras más conocidas acerca de los rasgos distintivos de todo lenguaje: la importancia que asigna a la digitalidad como propiedad de los vehículos lingüísticos, por un lado, y la primacía de la función comunicativa, por el otro.

Su conjetura es que unos memes más toscos, un protolenguaje de expresiones breves quizás primero gestual y luego vocal, precedió a las primeras palabras. Estas habrían colonizado gradualmente nuestros cerebros antes de que fuéramos capaces de comprender su utilidad, lo que supone que algunos talentos y disposiciones innatas deberían estar presentes para que puedan emerger. Luego, los sonidos, la morfología, los contenidos semánticos y la gramática habrían atravesado procesos selectivos graduales que fueron optimizando las herramientas con las que intercambiar información para distintos fines (cfr. Dennett, 2017a, p. 254; más en la sección 8).

En este capítulo, Dennett pasa revista a diferentes hipótesis que intentan explicar las motivaciones y los mecanismos que habrían permitido desarrollar las propiedades críticas antes mencionadas bajo la guía de la misma conjetura darwiniana: la intervención de procesos graduales de selección inconscientes o sin una dirección inteligente. Sin embargo, pareciera que las diferentes hipótesis examinadas acerca de los orígenes evolutivos del lenguaje fueran evaluadas por su mayor o menor contribución a fortalecer su propia perspectiva memética, que tiene un alcance más general.

5. El aprendizaje del lenguaje

[...] un niño adquiriendo el lenguaje es como un pájaro construyendo un nido; es una cuestión “instintiva”.

Dennett (1997, p. 223, nota).

Dennett conjetura sobre el origen de las palabras y sobre las capacidades cognitivas involucradas en su uso apoyándose en la posible trayectoria que seguiría el aprendizaje gradual de la lengua materna por parte de los niños. En esa etapa del desarrollo, desde las primeras vocalizaciones aleatorias hasta la imitación defectuosa de los sonidos de las primeras palabras como el fruto de su exposición repetida (cfr. Dennett, 1996, pp. 147 y ss.; 2017a, pp. 190 y ss.), los sonidos son reproducidos como “microhábitos vocales”, sin que tengan significado para sus usuarios. Así, “la fonología viene primero”, antes que la semántica y la sintaxis (cfr. Dennett, 2017a, p. 193), que también se adquieren gradualmente y “casi sin instrucción” (2017a, p. 195).

Las “primeras palabras” serían aprendidas como “garabatos” — serían comparables a los primeros trazos en el proceso de aprendizaje

de la escritura— porque el niño no conoce todavía sus significados (cfr. Dennett, 1993, p. 546). Esas palabras aún no comprendidas suscitan gradualmente asociaciones con las circunstancias experimentadas al oírlas, lo que permitiría “etiquetar” eventos u objetos. El uso reiterado de tales etiquetas haría posible que lleguemos a ser capaces de “contemplar las representaciones” o “etiquetas internas”, lo que nos convertiría “en *entendedores* de los objetos que hemos creado” (cfr. Dennett, 1997, p. 229; 1996, pp. 150-151). Es decir, esas etiquetas verbales, al ser desacopladas de sus instanciaciones sonoras, generan “rótulos internos” o conceptos (cfr. Dennett, 1997, p. 229). En síntesis, el aprendizaje va de las palabras escuchadas y repetidas a los conceptos comprendidos, en el sentido de que las primeras son los antepasados de los segundos (cfr. Dennett, 1996, p. 151; más sobre este proceso y sus efectos cognitivos en la sección siguiente).

Las primeras palabras se transforman de a poco en palabras especializadas (nombres, adjetivos, verbos, etc.) cuando empieza a ser necesaria cierta estructura para expresar pensamientos complejos: la gramática y la sintaxis (cfr. Dennett, 1997 y 2017a). Sean cuales fueren las capacidades o constreñimientos innatos (sintácticos o semánticos) que hacen posible ese aprendizaje, los niños adquieren su lengua materna como un hábito, sin construir “teoría” alguna, es decir, por medio de un proceso “de abajo arriba” que les permite desarrollar *competencia sin comprensión* (2017a, p. 197).¹⁹ “El lento comienzo y la subsecuente mejora de la comprensión (compartida) es un *efecto* de la práctica lingüística, no un prerrequisito, tanto ontogenética como filogenéticamente” (Dennett, 2018a, p. 149).

Esta manera de caracterizar el logro de la competencia lingüística da cuenta de un fenómeno ubicuo en el hablante adulto, manifiesto, por ejemplo, en el hecho de que “entender una palabra *no* es lo mismo que haber adquirido una definición de ella” (Dennett, 2017a, p. 195) o, al revés, en la imposibilidad de establecer “cuánto necesitamos

¹⁹ Dennett disiente de Quine (1968) porque este asemeja las tareas del lingüista de campo o “traductor radical” frente a un lenguaje extraño a las del niño que intenta aprender su lengua materna. Sin embargo, el traductor hace su tarea como un teórico, es decir, formula y testea hipótesis, recoge evidencias, etc. El niño, en cambio, balbucea, tantea y avanza mediante “un proceso inconsciente de ensayo y error masivo”, logrando “la misma proeza epistemológica que el adulto, pero sin el beneficio de una teoría” (Dennett, 2017a, pp. 196-197).

conocer para entender nuestros propios conceptos” (Dennett, 2009a, p. 10063), tanto porque la competencia no siempre asciende al nivel de la comprensión consciente como porque la mayor parte de las palabras no tienen significados únicos, estables y determinados. Nuevamente, la competencia no está subordinada a la comprensión.

6. El lenguaje como herramienta mental

Si se quiere sostener que ciertas facultades, como la conciencia de sí mismo, la abstracción, son peculiares al hombre, es fácil también que sean resultados accesorios de otras facultades intelectuales muy adelantadas, que, a su vez, sean principalmente el resultado del uso continuo de un lenguaje que haya alcanzado un alto grado de desarrollo.

Darwin (2009b, p. 105).

Las palabras también pueden ser definidas como *herramientas mentales* (*thinking tools*) diseñadas por la evolución natural-cultural (cfr. Dennett, 2017a, p. 292; DDI; 1993; 1996; 1997; 2009b y 2017a): mediante ellas podemos producir y testear modelos acerca del entorno antes de actuar, así como pensar acerca de los propios pensamientos, involucrarnos en soliloquios, hacer autocríticas, mentir, etc. En primer lugar, estas herramientas funcionan como “muletas cognitivas” (Dennett, 1993, p. 545) que son el fruto de “nuestra costumbre de *descargar* al máximo posible nuestras tareas cognitivas en el propio entorno [...] en el que un montón de dispositivos periféricos que construimos pueden almacenar, procesar y volver a representar nuestros significados” (Dennett, 1996, pp. 134-135). Estas descargas consisten en “colocar deliberadamente marcas en el entorno” (p. 135). No es una estrategia exclusivamente humana, aunque solo nosotros convertimos esas marcas en “objetos que se pueden manipular, rastrear, mover, atesorar, alinear, estudiar” (p. 143). ¿Cuáles son sus efectos sobre nuestras mentes?

El capítulo 13 de DDI comienza con un apartado dedicado a “El rol del lenguaje en la inteligencia” en el que contrasta la gran tradición filosófica, que concibe la diferencia entre nosotros y los demás animales como “absoluta y metafísica” (Dennett, 1995, p. 370), con la perspectiva basada en las evidencias de la etología, la biología evolutiva y las ciencias cognitivas, según la cual, “aunque somos diferentes [...] solo hay una enorme diferencia de grado” (1995, p. 370). Esa enorme diferencia podría

explicarse por la confluencia de dos factores: (a) nacemos con cerebros diferentes, cuyos rasgos han evolucionado a lo largo de seis millones de años, y (b) esos rasgos permitieron incrementar nuestros poderes para elaborar y compartir nuevos diseños mediante la transmisión cultural. Ambos están entrelazados por el lenguaje. Por lo tanto, la diferencia que nos distingue es que somos la especie más inteligente y “somos también la única especie con lenguaje” (1995, p. 371), es decir, contamos con “un medio *extra* para preservar y comunicar el diseño: la cultura” (1995, p. 338). Como veremos, los procesos que conectan la inteligencia, el lenguaje y la cultura se explican por la misma “extraña inversión del razonamiento” darwiniana.

Aunque diferentes especies tienen rudimentos de cultura y algunas clases de “lenguaje”, es decir, sistemas de señales que satisfacen algunas de las funciones de ciertas porciones de nuestro lenguaje, el lenguaje humano es único en cuanto a sus propiedades para codificar información (como vimos en las secciones anteriores), pero también porque amplifica los poderes mentales de sus usuarios. Así como nuestras mentes son el fruto de la restructuración de nuestros cerebros por los memes, esos mismos memes se convierten en *herramientas de pensamiento* porque “se mueven desde afuera hacia adentro”, es decir, siguen una “ruta social” que va del uso público de las “etiquetas” o señales verbales, a través de procesos de familiarización, hasta crear gradualmente prácticas significativas que, finalmente, se internalizan en las mentes de los hablantes (cfr. Dennett, 2000, p. 21). Como se puede ver, el lenguaje es una herramienta mental con un impacto cognitivo-individual porque antes es una herramienta pública con un uso sociocognitivo y comunicativo: las palabras, como dijimos antes, son “modos de comportamiento”.

Así, la evolución cultural que creó las palabras “añadió novedades en el entorno (en forma de miles de *affordances* gibsonianas) que enriquecieron las ontologías de los seres humanos y, a su vez, generaron más presiones selectivas que favorecieron las adaptaciones (herramientas de pensamiento) que permitían controlar y rastrear todas estas nuevas oportunidades” (Dennett, 2017a, p. 412). Esta “tecnología” está compuesta por “una nueva clase de objetos para contemplar [...] que podrían ser revisados en cualquier orden y a cualquier velocidad” (1995, p. 380). Como vimos en la sección anterior, cuando esos nuevos “objetos” se convierten en conceptos, pueden ser aplicados productivamente para pensar sobre una variedad potencialmente infinita de nuevas cuestiones. Antes que ninguna otra cosa, son objetos

públicos que usamos para comunicarnos, que también nos permiten beneficiarnos “de los trabajos cognitivos de otros”, lo que amplifica aún más nuestros poderes mentales individuales (1995, p. 381).²⁰

Dennett sugiere que la identificación de las variadas opciones de diseño de los cerebros de distinto tipo de criaturas permitiría comprender mejor el papel crítico del lenguaje en el caso del cerebro humano. Según su hipótesis, hay diferentes tipos de mentes y de criaturas: *darwinianas*, *skinnerianas*, *popperianas* y *gregorianas*. Las criaturas darwinianas se adaptan por medio de mutaciones genéticas y selección natural; las criaturas skinnerianas se adaptan, además, por medio del aprendizaje por la vía del ensayo y el error; las criaturas popperianas también pueden evaluar internamente entre distintas alternativas antes de actuar: acopian información acerca del entorno externo y pueden considerar, con distintos mecanismos, cursos alternativos de acción antes tomar una u otra decisión. Finalmente, las criaturas gregorianas son las únicas que pueden albergar “entornos internos” ricamente informados por porciones diseñadas del entorno cultural, porque disponen, entre otras herramientas, de las palabras.²¹ Las criaturas gregorianas son capaces de manipular herramientas en el doble sentido que dicha capacidad es tanto un signo de inteligencia como que ellas les confieren aún más inteligencia. En tanto herramientas mentales, las palabras proporcionan un entorno interno que permite pensar mejor.

Ciertas capacidades innatas, incluso conceptuales, podrían apoyar la incorporación gradual del repertorio léxico de una criatura gregoriana (cfr. Dennett, 1995, pp. 378-379). Como advierte Dennett, Darwin entrevió correctamente que el lenguaje era un prerequisite para tener no solo pensamientos abstractos y pensamientos acerca de pensamientos, ejerciendo control sobre ellos, sino:

[...] que el uso continuo y el perfeccionamiento de esta facultad han debido influir a su vez en la inteligencia, permitiéndole y facilitándole el enlace de una serie más extensa de ideas. Nadie puede emitir una sucesión

²⁰ También los mapas, los cálculos, los microscopios, las estadísticas son herramientas para pensar más y mejor. Pero, a diferencia de las palabras, son diseños inteligentes.

²¹ Dennett homenajea al psicólogo británico Richard Gregory (1923-2010) por haber subrayado la importancia de la información como herramienta mental que confiere inteligencia potencial a su portador.

prolongada y compleja de pensamientos sin el auxilio de palabras, sean habladas o en silencio, como tampoco hacer un extenso cálculo sin el uso de figuras o el álgebra (Darwin, 2009b, p. 57).

Así, una vez provistos de lenguaje, nuestros cerebros difieren de los “cerebros desnudos de los animales” (Dennett, 1995, p. 381) porque pueden pensar pensamientos más complejos. En efecto, las palabras nos permiten anticipar, imaginar, planear cursos posibles de acción, en suma, un poder para conocer que no tiene comparación con los poderes cognitivos de otras criaturas. Pero también difieren de los “cerebros desnudos de los animales” porque los nuestros son “mentes enculturadas” por esas herramientas mentales: las palabras son memes opcionales que transportan información cultural acumulada que nos interesa incorporar.

En cuanto al carácter y alcance de esta tipología mental, es importante señalar, en primer lugar, que las diferencias entre uno y otro tipo de mentes son el resultado de transformaciones graduales. En segundo lugar, los mecanismos que podrían explicar el pasaje de unos a otros tipos mentales se explican por procesos seleccionistas, es decir, no dependen de una mutación azarosa única.²² En tercer lugar, que la comprensión solo es posible porque nuestras mentes gregorianas disponen (entre otras) de unas especiales herramientas mentales para su uso deliberado no solo por tratarse de una tecnología cuyo diseño hace posible una explosión de pensamientos novedosos y complejos, sino porque en virtud de la información semántica que ellas transportan nos permiten usufructuar el conocimiento culturalmente acumulado (cfr. Dennett, 1995, p. 381; 1996, p. 101). Finalmente, esta tipología mental identifica los hitos cognitivos más destacados que las diferencian (cfr. Dennett, 1995, p. 373; 1996, p. 83; 2018a, p. 146), no tipos de mentes homogéneas y excluyentes entre sí.²³ Nosotros, criaturas gregorianas, somos también criaturas popperianas, skinnerianas y darwinianas.

²² Chomsky propone un mecanismo de ese tipo para dar cuenta de la recursión, la propiedad crítica que habría hecho posible la emergencia del lenguaje. Pero, según Dennett: “La idea de que una mutación azarosa puede transformar una especie de una vez no es una historia ni remotamente creíble” (2017a, p. 280).

²³ Esta tipología ha suscitado varios cuestionamientos: ¿son esas *todas* las clases de mentes o solo sirven para destacar algunos hitos evolutivos mayores?

Esta forma de entender el rol tanto cognitivo-individual como cognitivo-social del lenguaje difiere de otras variantes propuestas en la literatura sobre las relaciones constitutivas entre lenguaje y pensamiento. Me refiero a los enfoques ya referidos según los cuales los componentes conceptuales de las etiquetas léxicas y las reglas sintácticas de las estructuras oracionales canónicas en las que participan se correlacionan con la naturaleza proposicional y la función representacional de los pensamientos expresados por ellas.²⁴ Los rasgos del lenguaje involucrados en la constitución de esas estructuras de pensamiento preexisten y se diferencian de los rasgos de las lenguas históricas; por lo tanto, no son aprendidos ni transportan información cultural que pueda transformar las mentes de quienes los aprenden.

7. El significado de las palabras

En el capítulo 14 de DDI, “La evolución de los significados”, Dennett señala acertadamente que ningún tópico ha recibido más atención en la filosofía que el significado en sus “variadas manifestaciones” (1995, p. 401). En la filosofía del lenguaje de la tradición analítica, donde ha sido objeto de un “escrutinio microscópico”, pueden identificarse, entre otros, los siguientes supuestos comunes, encadenados entre sí: (a) el significado es un fenómeno “dependiente del lenguaje”; (b) “las palabras [...] obtienen sus significados de nosotros” (Dennett, 1995, p. 404), de nuestras mentes; y (c) el significado es un rasgo *sui generis*, independiente de la función biológica y no evolutivo, por lo que no admite gradualidad, variación ni indeterminación. Consideremos brevemente cada uno de ellos.

Muchos filósofos asumen que el significado, *stricto sensu*, es una propiedad de ciertos ítems lingüísticos y solo derivadamente de otras entidades. O, en su defecto, asumen que hay una clase de significado — el significado *real* — que es “lenguajependiente”, por lo que debemos

Cfr. las propuestas de Godfrey-Smith (2018) y Clatterbuck (2018) sobre otros tipos de criaturas que harían el pasaje hacia las criaturas gregorianas aún más gradual.

²⁴ Una concepción de ese estilo está presupuesta por la lingüística chomskiana y es elaborada por la hipótesis del *Lenguaje del Pensamiento* de Fodor. Para un análisis de las diferencias entre las propuestas de Fodor y Chomsky y la de Dennett sobre las relaciones entre pensamiento y lenguaje, cfr. Miguens (2022).

explicar primero cómo las expresiones lingüísticas tienen significados para examinar luego, sobre la base de ese modelo, cómo otro tipo de entidades podrían tener una propiedad similar o análoga. Este supuesto ha generado una “tradicón linguacéntrica” (cfr. Dennett, 2017b). Ahora bien, se suele asumir, además, que el significado lingüístico es una variedad de un fenómeno más fundamental, restringido a las mentes humanas, que es la intencionalidad: la propiedad de “ser acerca de algo”. Esta propiedad emparenta a los significados con los contenidos de los estados mentales intencionales: aquellos derivan de estos, su fuente original.

Esta idea nos lleva al segundo supuesto: “las palabras [...] obtienen sus significados de nosotros” (Dennett, 1995, p. 404). Dennett ridiculiza la versión extrema de esa idea, expresada por el personaje de Lewis Carroll (2015), Humpty Dumpty: “Cuando yo utilizo una palabra [...] significa precisamente solo lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos” (p. 179). Según esta versión, los significados no solo son transferidos a las palabras por el hablante, quien primero los comprende y luego los vierte en las palabras que profiere, sino que, por esta razón, tiene una autoridad final sobre su contenido. En algunas variantes de esta idea, los hablantes deben ser capaces de pensamientos de orden superior acerca de los contenidos semánticos de sus pensamientos de primer orden para poder emplear comunicativamente el lenguaje que los expresa (veremos esto en la sección 8). Ahora bien, los significados de las emisiones lingüísticas *no dependen siempre ni enteramente* de las actitudes y los contenidos mentales del hablante, es decir, la “intuición” según la cual poseemos autoridad semántico-pragmática plena sobre lo que decimos y hacemos con el lenguaje se asienta en una concepción individualista e intelectualista cuestionable. La noción de “meme” que sustituye a la noción idealizada de “significado” intenta corregir esta distorsión.

Si concebimos, en cambio, que la propiedad de ser intencionales es compartida por entidades muy diferentes —además de las palabras y los estados mentales, también las representaciones gráficas, las piezas musicales, los artefactos, las representaciones perceptuales en distintas especies, es decir, no se trata de una propiedad sólo lingüística—, es natural reconocer que tampoco se trata de una propiedad homogénea. Y, a menos que asignemos intencionalidad original a algunas de ellas —típicamente a ciertas entidades mentales—, el otro camino disponible es indagar cómo pueden haber derivado, en virtud de cierto tipo de

procesos, de fenómenos con menos o ninguna intencionalidad. Es decir, o bien asumimos el principio “*Mind-first*” guiados por una intuición *a priori* (separamos *nuestras mentes* del mundo y de las explicaciones naturales) o bien intentamos explicar cómo emerge, se desarrolla y se manifiesta esta propiedad en tales variedades. De esa manera, la “extraña inversión del razonamiento” alienta una “visión *Mind-last*” (2017a, p. 58). Bajo esta perspectiva, carece de justificación ordenar los distintos tipos de fenómenos intencionales según una distinción esencial entre “genuina” intencionalidad y significado *stricto sensu*, por una parte, y sus manifestaciones meramente derivadas o “como si”, por la otra.

Los primeros dos supuestos impidieron adoptar una perspectiva evolutiva acerca de cómo emergieron los significados y, más ampliamente, una perspectiva diacrónica acerca del lenguaje. Es claro que “los filósofos se han mostrado poco dispuestos a aceptar la hipótesis de que el pensamiento evolucionista pueda arrojar luz sobre los problemas de cómo es que estas palabras, y sus fuentes y sus destinos en las mentes o cerebros humanos, poseen significado” (Dennett, 1995, p. 402).²⁵ En otras palabras, asumieron una visión sincrónica sobre los fenómenos semánticos en combinación con una perspectiva sobreintelectualizada del significado. Ejemplos de tales puntos de vista se advierten en las ideas de Fodor, Searle, Putnam, Kripke, entre otros conspicuos representantes del denominado “Grupo de Trabajo de la Actitud Proposicional”. Dennett les atribuye la defensa de una u otra variante de la tesis de la intencionalidad intrínseca y original de los contenidos mentales, que luego heredan los significados lingüísticos. Los argumentos a favor de una concepción de los significados derivados y dependientes de la interpretación son expuestos detalladamente en el capítulo 8 de *La actitud intencional* (Dennett, 1998).

Dennett reivindica en distintos lugares las lecciones de Quine contra “el mito de museo”: la concepción de los significados como entidades, y lamenta que “la mayoría complaciente” en la filosofía analítica del lenguaje haya desoído o no tomado en serio sus argumentos sobre la “indeterminación del significado” (1995, pp. 402-403; 2018c). Todas las palabras pueden vehiculizar contenidos potencialmente indeterminados —incluyendo (*pace* Putnam) nuestros términos de clase natural en escenarios de tierra gemela— (cfr. Dennett, 1995, pp. 409-410). Así,

²⁵ Dennett (1995, pp. 402-403) destaca las ideas naturalistas de Quine, Sellars, Dewey y sobre todo Millikan como excepciones al canon.

los “significados determinados”, que suelen tomarse como la piedra de toque en la argumentación filosófica, deberían concebirse más bien como “artefactos filosófico-antropológicos”, es decir, idealizaciones elaboradas para los propósitos de la argumentación.²⁶ Aunque puedan servir como buenos puntos de partida para la reflexión filosófica, no deberían desempeñar el papel de “la última palabra” (Dennett, 1995, p. 60). Sin que Dennett les dedique una atención parecida, otras dos propiedades de los significados de la mayor parte de las palabras corrientes recomiendan más claramente aún la adopción de una perspectiva diacrónica: no son estables, es decir, sufren cambios, muchas veces imperceptibles para los hablantes, y no son únicos, en el sentido de que una misma palabra transporta con frecuencia significados diferentes, algunos emparentados entre sí de maneras muy intrincadas.

Ahora bien, aunque Dennett vincula los contenidos semánticos de las emisiones lingüísticas con otros contenidos expresados en formatos y vehículos no lingüísticos, no se interesa por el papel de las señales expresivas o comunicativas en distintas modalidades (gestual, facial, corporal) que podrían haber apuntalado y complementado las primeras emisiones protoverbiales, es decir, que formarían parte de su trayectoria evolutiva, pero que también desempeñan un papel crítico en la comunicación adulta. Ellas también evidencian que el significado no es solo lingüístico y que diferentes señales pueden desempeñar, de maneras eficientes, variadas funciones en las acciones comunicativas, sin la intermediación de procesos de comprensión autoconscientes.²⁷ Además, esta es una evidente implicación de la noción de “meme”, ya que pone de relieve el parentesco del lenguaje con otras herramientas informacionales que pueden ser explicadas, en este nivel fundamental, del mismo modo. Es probable que esta “laguna” se deba a su interés primario por dar cuenta de las singulares ventajas adaptativas que proporcionó el desarrollo del lenguaje verbal, con sus propiedades y funciones especializadas y su enorme impacto cognitivo y cultural en la historia evolutiva del *Homo Sapiens*.

²⁶ Los filósofos, además, intercambian intuiciones sobre esos conceptos sin advertir que, cuando son “obsoletos” o “reliquias de un previo *Zeitgeist*”, “fosilizan la vieja ciencia” (Dennett, 2018b, p. 57).

²⁷ Cf. Scotto (2022 y 2024).

8. La comunicación lingüística

El significado de las palabras, lo que está detrás de ellas, no me preocupa en la comunicación lingüística normal. Las palabras fluyen, y se lleva a cabo la transición de las palabras a las acciones y de las acciones a las palabras. Nadie piensa, al hacer cálculos aritméticos, en si los hace “reflexivamente” o “a la manera de un papagayo” [...].

Wittgenstein (1997, § 603).

El examen de la función comunicativa del lenguaje está prácticamente ausente en DDI.²⁸ En Dennett (2017a), en cambio, ocupa un lugar relevante, especialmente en el capítulo 13, donde una sección está dedicada a “Las razones de flotación libre de la comunicación humana”. Allí se examina el modelo griceano, que concibe a la comunicación como un proceso de razonamiento articulado, con sus órdenes anidados de estados intencionales en el hablante y el oyente. Según Grice, para que un hablante H signifique algo emitiendo *x*, debe *intentar* (a) que *x* produzca cierta respuesta *r* en una audiencia *A*, (b) que *A reconozca* su intención (la de *H*), y (c) que dicho reconocimiento sea al menos parte de la razón de *A* para *producir su respuesta r*. Distintos autores han señalado que un modelo así no parece adecuado para dar cuenta de las conversaciones ordinarias, en particular, del grado de complejidad cognitiva requerido por parte de quienes participan en ellas. También lo hace Dennett (2017a, p. 292), para quien Grice ofrece un modelo “idealizado” de la comunicación, en el sentido de que incorpora las “aplicaciones sofisticadas” de todas las herramientas de la comunicación ordinaria que podrían explicar su funcionamiento óptimo.²⁹ Pero las condiciones y finalidades bajo las cuales ocurre la conversación presentan muchas variantes. Incluso los

²⁸ Únicamente hay una breve referencia en DDI a la teoría griceana, en la que solo señala su compromiso con un enfoque del significado “lenguajependiente” (cfr. DDI, p. 402).

²⁹ Diferentes filósofos han argumentado que la *idealización* griceana de la comunicación conlleva muchos compromisos objetables: presupone que las interacciones conversacionales ordinarias *deben* ser cooperativas, veraces y sinceras, lo que implica que buena parte de ellas son desviaciones de la norma (cfr. Keiser, 2023).

hablantes difieren mucho entre sí en sus habilidades comunicativas. En cualquier caso, no necesitan *comprender* las razones que justifican su empleo más o menos competente de una gran variedad de herramientas.

El “acierto” de Grice residiría, en cambio, en haber ofrecido una reconstrucción, mediante ingeniería inversa, de las complejidades de diseño involucradas en el funcionamiento exitoso de las interacciones comunicativas. De ese modo, habría mostrado que los comunicadores humanos “tienen la *competencia para explotar* estos rasgos” (Dennett, 2017a, p. 292) y que, en consecuencia, “[L]as sucesivas capas de cognición de Grice quizá no representan con exactitud los rasgos inmediatos de una representación, pero sí que especifican una competencia” (2017a, p. 395). En síntesis, la teoría griceana no debiera tomarse como una teoría de la actuación comunicativa, sino, quizás, de la *competencia ideal*, como tal no representada en la mente de los hablantes. En otras palabras, la conversación humana funciona con gran eficiencia porque los actos de habla están gobernados por “razones griceanas de flotación libre” (2017a, p. 395).

Una interesante elaboración de esta interpretación puede encontrarse en Planer (2023, p. 1291): “Los agentes (*e. g.*, niños pequeños, adultos en conversaciones rápidas, posiblemente grandes simios) pueden involucrarse en una comunicación plenamente griceana sin albergar estructuras cognitivas griceanas en sus cabezas”. Las herramientas de la atribución intencional propuestas por Dennett (1991b y 1998), incluyendo presupuestos de racionalidad y coherencia entre las creencias y otros estados para la atribución de patrones intencionales, pueden aplicarse también a las interacciones comunicativas ordinarias como simplificaciones de la psicología *folk*, es decir, solo justificadas por su poder predictivo. En tal sentido, siguiendo a Planer (y a Dennett, 1991b), cuando conversamos no ejemplificamos “estructuras cognitivas griceanas” sino solo “patrones reales griceanos”.

Si interpretamos la explicación griceana según el modelo de la comprensión como requisito de la competencia, es decir, atribuyendo en exceso razones conscientes para explicar las prácticas comunicativas, pondríamos las cosas en un orden incorrecto. Como afirma Wittgenstein en el fragmento antes citado, la mayor parte de los usos competentes del lenguaje no están acompañados por un conocimiento reflexivo de lo que cada interlocutor comprende acerca de lo que el otro está queriendo

decir o hacer.³⁰ Incluso los más diestros “conversadores” pueden no ser capaces de analizar cómo y por qué las variadas herramientas comunicativas disponibles operan eficazmente en las conversaciones corrientes de las que participan. Como sugiere Dennett, ni los más astutos manipuladores ni los más ingenuos novatos “tienen por qué comprender las razones por las cuales sus recursos comunicativos cotidianos ofrecen todas las opciones que ofrecen” (2017a, p. 292). Es decir, “pueden desarrollar agudas sensibilidades a los riesgos y peligros y oportunidades en la comunicación que ellos mismos no pueden analizar” (2017a, pp. 292-293).

Planer (2024) desarrolla esta idea, apoyado en la perspectiva memética de la evolución cultural. Muestra cómo podría explicarse la emergencia de los primeros mapeos entre formas fonológicas y significados antes de que la sintaxis sea necesaria para proporcionar una estructura a nuevos mapeos conforme las interacciones comunicativas adquieren creciente complejidad. Según su propuesta, el sistema lingüístico emerge gradualmente a partir de tanteos comunicativos cada vez más exitosos. Es decir, deberíamos invertir el enfoque de la comunicación como un fenómeno derivado de la previa posesión de un sistema lingüístico. Pero también deberíamos remover el supuesto de que nuestra competencia comunicativa adulta requiere autoconsciencia semántica. Consideremos esta cuestión ahora.

Dennett (2017a, pp. 335-370) examina la conjetura según la cual la evolución de la comunicación tendría que ser explicada no ya sobre la base de la conciencia, sino sobre la necesidad que surge, entre organismos en competencia, de manipular estratégicamente a otros mediante comportamientos de “engaño guiado” que tienen la función de ocultar o confundir a otros acerca de los propios propósitos. Ello habría creado un “espacio privado” para los pensamientos que no se quieren revelar a otros, y que pueden complejizarse a medida que evoluciona el lenguaje como una herramienta más versátil para la comunicación. Compartir información reflexiva y cooperativamente, entonces, presupone la

³⁰ En una formulación “patas para arriba”, Wittgenstein sostiene que los niños aprenden a hablar —y, en general, a seguir reglas— sin entender, es decir, por medio de mecanismos como la imitación, la ejercitación y el adiestramiento, hasta que logran una *competencia* “ciega”. En ese mismo proceso, también llegan a ser capaces de comprender, en el sentido de Dennett (cfr. Wittgenstein, 2003, §§ 208-211 y 219).

participación en interacciones comunicativas que puedan crear, gradualmente, un espacio para los propios pensamientos e intenciones, es decir, para la emergencia de la conciencia. Según esta “inversión del razonamiento”, “ser uno mismo” derivaría de la capacidad adquirida para decirles a otros (o abstenerse de hacerlo) “cómo es ser uno mismo” (Dennett, 2017a, p. 344). Esa es la idea del “yo” como un “centro de gravedad narrativa” (Dennett, 1991a).

La autoconsciencia de cada individuo como una “ilusión del usuario” emerge así de una previa “comunidad de ilusiones de usuarios” (Dennett, 2017a, p. 342) o, lo que es igual, la comunicación es la innovación que hace que un organismo requiera autoconsciencia. Dennett sugiere, incluso, que esta se apoya en el previo desarrollo de la interacción diádica o de segunda persona a través de la atención conjunta a las *affordances* a las que prestar atención: “Si no tuviéramos que ser capaces de hablar con los demás sobre nuestros pensamientos y proyectos actuales, sobre nuestros recuerdos de cómo eran las cosas, etc., nuestros cerebros no gastarían tanto tiempo, energía y materia gris en un boletín revisado de nuestras actividades actuales, que es precisamente lo que es nuestro flujo de conciencia” (Dennett, 2017a, pp. 344-345). En síntesis, tanto la cooperación como la autoconsciencia serían efectos de la evolución de prácticas comunicativas originalmente manipuladoras y no reflexivas.

Reflexiones finales

[...] esa actividad, basada en el lenguaje, conocida como filosofía.

Dennett (2020, p. 3).

El origen del hombre ahora está demostrado. —La metafísica debe florecer. —Quien entienda a los babuinos haría más por la metafísica que Locke.

Darwin (1987, D26, M84).

Según Zawizdki (2007), la obra de Dennett se caracteriza por su “visión sinóptica”, en el sentido de que entiende la filosofía como el esfuerzo por *reconciliar*, en alguna medida, la imagen manifiesta con la imagen científica. En este aspecto, Dennett sigue a Sellars (1992, p. 15). En su caso, esa reconciliación es *revisionista* respecto a los conceptos

de la imagen manifiesta puesto que, si bien los fenómenos admitidos por ella son reales, “no son como pensábamos que eran”. En un sentido similar, Schliesser (2019) caracteriza a su enfoque metodológico como una “filosofía sintética”,³¹ porque busca producir una visión coherente e integrada de los sistemas complejos, recogiendo los resultados de las ciencias especiales pero apoyándose en una teoría científica general, también en el espíritu de otra clásica formulación sellarsiana: “entender cómo las cosas, en el más amplio sentido posible del término, se relacionan entre sí [*hang together*] unas con otras, en el más amplio sentido del término” (Sellars, 1992, § 1). Las “cosas” que integran la ontología de la imagen manifiesta tienen que “relacionarse entre sí” con aquellas más o menos desconocidas de la imagen científica. Una tarea que es para filósofos. Como afirma Dennett, esa “es la mejor definición de la filosofía que he encontrado” (2023, cap. 33). En ese marco meta-filosófico, el optimismo de Darwin sobre la filosofía (“La metafísica debe florecer...”) claramente inspiró su obra.

Dennett resume el aporte que intenta hacer en su último libro, y que puede extenderse también a DDI, así:

Mi propósito global en este libro es que la perspectiva evolutiva en general y la perspectiva memética por lo que respecta a la cultura transformen muchos de los aparentemente eternos rompecabezas de la vida, como el significado y la conciencia, en caminos inaccesibles para quienes nunca miran más allá de la imagen manifiesta con la que crecieron y de las disciplinas en las que se han formado (2017a, pp. 242-243).

Justamente por trascender el marco estrecho de una u otra disciplina y, en particular, de aquellas más apegadas a las intuiciones que apoyan la imagen manifiesta —a eso refiere la mordaz definición de la filosofía como una “actividad basada en el lenguaje”—, la “filosofía sintética” tiene que ser evaluada por el potencial heurístico de las conjeturas que puede producir y por su capacidad para apoyar o reorientar las explicaciones ya disponibles en distintas disciplinas con vistas a lograr una visión coherente y científicamente informada. En suma, en tanto

³¹ Aunque se refiere a Dennett (2017a), aplica también a DDI.

sea capaz de relacionar de manera apropiada la imagen manifiesta con la imagen científica.

He intentado mostrar que, para Dennett, esa tarea solo puede ser encarada poniendo “patas para arriba” algunas intuiciones basadas en la imagen manifiesta que alimentaron la especulación filosófica, más precisamente, reconceptualizando las piezas de la estructura “*Mind-first*” y sus funciones. Ello requiere admitir *razones sin razonadores y competencia sin comprensión*. Desde esa “perspectiva invertida” es posible recorrer el camino evolutivo que condujo hacia el diseño inteligente para, finalmente, llegar a “poner nuestras mentes al revés” (Dennett, 2017a, pp. 4-6) haciendo emerger una “visión *mind-last*” (Dennett, 2017a, p. 58). Por su importancia crítica, ello también requiere que la “inversión del razonamiento” pueda explicar cada uno de los aspectos y dimensiones del lenguaje, no solo como herramienta mental y como medio de comunicación sino, sobre esos dos fundamentos, como condición de posibilidad de la cultura acumulativa. De ese modo, el lenguaje recibe una explicación evolutiva que no solo da cuenta de sus orígenes graduales desde “abajo hacia arriba”, sino que también corrige el modo idealizado de entender sus usos y funciones insertándolos en el territorio diacrónico de la evolución natural-cultural. Así, sería posible cerrar la brecha que abrió Descartes al establecer una conexión constitutiva entre el diseño inteligente, la competencia lingüística y la singularidad humana en un marco explicativo predarwiniano. Ese es el objetivo ambicioso de *Darwin’s Dangerous Idea*: universalizar el darwinismo.

En este trabajo solo identifiqué los aspectos más salientes (varios de ellos muy polémicos) que convierten a ese ambicioso objetivo en un programa desafiante. Hay que señalar, también, que se trata de un programa que tiene pocos cultores en la filosofía, quizás porque todavía es evaluado como “peligroso” para el canon. Después de todo, como advierte el propio Dennett, “la filosofía ha sido el principal hogar académico de la metarepresentación durante milenios (2017a, p. 300). O, como también afirma Dennett, quizás se deba a otro rasgo que ha sido distintivo de la filosofía: “la voluntad de poner fin a la curiosidad prematuramente” (2014b, p. 59; para una interesante conjetura que sintetiza las dos anteriores, cfr. Zawidzki, 2007, p. 174). Expresado más sintéticamente, la suya es una batalla contra el error de considerar que las razones que nos parecen evidentes son “la última palabra”.

En sus primeros escritos, Dennett exhibió un optimismo por momentos exultante sobre las promesas de los diseños inteligentes humanos —su propia versión de la excepcionalidad humana—: sobre la ciencia, el arte y todas las sofisticadas manifestaciones de la cultura y, en particular, sobre las potencialmente ilimitadas capacidades de los dispositivos inteligentes creados por las mentes humanas. En su último libro (Dennett, 2017a), en cambio, se advierte una actitud diferente. Los procesos de *desdarwinización de la cultura* que, por una parte, explican la creación de los diseños inteligentes artificiales paradójicamente, por otra parte, amenazan con poner fin a esos mismos procesos que les dieron origen en virtud de una gradual enajenación de nuestra autonomía, o lo que es igual, de una inusitada expansión de la *competencia sin comprensión*. Dennett se refiere a esta nueva época como la era del *diseño postinteligente* justamente porque “los algoritmos han comenzado a reemplazar a las personas como generadores de novedad cultural” (Rathkopf, 2017, p. 1355). Se trata de nuestra sumisión creciente a los “nuevos oráculos computacionales” (Dennett, 2018c, p. 106), a los procesos ciegos de tráfico de información (que muchas veces es insidiosa, falaz o tóxica), asociada a una alarmante “abdicación de nuestras responsabilidades cognitivas” (Dennett, 2017a, p. 405). La pregunta desafiante sería ahora: ¿seremos capaces de revertir el actual proceso de *redarwinización de la cultura* “invirtiendo” el tipo y la magnitud de nuestras interacciones con esos diseños inteligentes? Una pregunta difícil que quedará para otra ocasión.

Referencias

- Blackmore, S. J. (1999). *The Meme Machine*. OUP.
- Carroll, L. (2015). *Los libros de Alicia*. E. Stilman (trad.). Ediciones de la Flor.
- Clatterbuck, H. (2018). Dennett’s Canon and Major Cognitive Transitions. *Teorema*, 37(3), 129-143.
- Darwin, C. (1987). *Charles Darwin’s Notebooks 1836-1844*. P. H. Barrett, P. J. Gautrey, S. Herbert, D. Kohn y S. Smith (eds.). Cambridge University Press.
- Darwin, C. (1992). *El origen de las especies*. A. de Zulueta (trad.). Planeta.
- Darwin, C. (2009a). *The Correspondence of Charles Darwin. Volume 20*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781139815000>
- Darwin, C. (2009b). *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*. CUP. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511703836>

- Dawkins, R. (1976). *The Selfish Gene*. OUP.
- Dawkins, R. (1982). *The Extended Phenotype*. OUP.
- Dawkins, R. (1983). Universal Darwinism. En D. S. Bendall (ed.), *Evolution from Molecules to Men* (pp. 403-425). CUP.
- Dennett, D. C. (1980). Passing the Buck to Biology. *Behavioral and Brain Sciences*, 3, 19. <https://doi.org/10.1017/S0140525X00001552>
- Dennett, D. C. (1991a). *Consciousness Explained*. Little, Brown and Co.
- Dennett, D. C. (1991b). Real Patterns. *Journal of Philosophy*, 88(1), 27-51. <https://doi.org/10.2307/2027085>
- Dennett, D. C. (1993). Learning and Labelling (Comments on Clark and Karmiloff-Smith, “The Cognizer’s Innards”). *Mind & Language*, 8(4), 540-547. <https://doi.org/10.1111/j.1468-0017.1993.tb00302.x>
- Dennett, D. C. (1995). *Darwin’s Dangerous Idea: Evolution and the Meanings of Life*. Simon & Schuster.
- Dennett, D. C. (1996). *Kinds of Minds: Towards an Understanding of Consciousness*. Weidenfeld & Nicolson.
- Dennett, D. C. (1997). How to do Other Things with Words. *Royal Institute of Philosophy Supplement*, 42, 219-245. <https://doi.org/10.1017/S1358246100010262>
- Dennett, D. C. (1998). *La actitud intencional*. G. Ventureira (trad.). Gedisa.
- Dennett, D. C. (2000). Making Tools for Thinking. En D. Sperber (ed.), *Metarepresentations: A Multidisciplinary Perspective* (pp. 17-29). OUP. <https://doi.org/10.1093/oso/9780195141146.003.0002>
- Dennett, D. C. (2009a). Darwin’s “Strange Inversion of Reasoning”. *PNAS*, 106(suppl. 1), 10061-10065. <https://doi.org/10.1073/pnas.0904433106>
- Dennett, D. C. (2009b). The Cultural Evolution of Words and Other Thinking Tools. *Cold Spring Harbor Symposia on Quantitative Biology*, 74, 435-441. <https://doi.org/10.1101/sqb.2009.74.008>
- Dennett, D. C. (2013). Foreword. En D. Ryder, J. Kingsbury y K. Williford (eds.), *Millikan and Her Critics* (pp. ix-xii). John Wiley & Sons.
- Dennett, D. C. (2014a, 2 de agosto). *Perspectives on Cultural Evolution*. International Cognition & Culture Institute. <https://cognitionandculture.net/webinars/sfi-cultural-evolution-workshop/perspectives-on-cultural-evolution-by-daniel-c-dennett/>
- Dennett, D. C. (2014b). The Evolution of Reasons. En B. Bashour, B. y H. D. Muller (eds.), *Contemporary Philosophical Naturalism and Its Implications* (pp. 47-62). Routledge.
- Dennett, D. C. (2017a). *From Bacteria to Bach and Back: The Evolution of Mind*. W. W. Norton & Co.

- Dennett, D. C. (2017b). *Haig's 'Strange Inversion of Reasoning'* [Manuscrito]. Center for Cognitive Studies, Tufts University.
- Dennett, D. C. (2018a). Reflections on Clatterbuck. *Teorema*, 37(3), 145-150.
- Dennett, D. C. (2018b). Reflections on Tadeusz Zadwidzki. En B. Huebner (ed.), *The Philosophy of Daniel Dennett* (pp. 57-61). OUP.
- Dennett, D. C. (2018c). Resumen de *From Bacteria to Bach and Back: The Evolution of Minds*. *Teorema*, 37(3), 103-106.
- Dennett, D. C. (2020). Comment on "Can Memes Explain the Birth of Comprehension?". *Avant*, 11(2), 1-4. <https://doi.org/10.26913/avant.2020.02.13>
- Dennett, D. C. (2023). *I've Been Thinking*. Norton & Co.
- Dennett, D. C. (2024). Commentary on Mark Richard, *Meanings as Species*. *Inquiry*, 67(2), 626-632. <https://doi.org/10.1080/0020174X.2022.2039852>
- Gibson, J. J. (2015). *The Ecological Approach of Visual Perception*. Psychology Press. <https://doi.org/10.4324/9781315740218>
- Godfrey-Smith, P. (2018). Between Towers and Trees in Cognitive Evolution. En B. Huebner (ed.), *The Philosophy of Daniel Dennett* (pp. 225-249). OUP. <https://doi.org/10.1093/oso/9780199367511.003.0015>
- Hauser, M. D., Chomsky, N. y Fitch, T. (2002). The Faculty of Language: What Is It, Who Has It, and How Did It Evolve? *Science*, 298(5598), 1569-1579. <https://doi.org/10.1126/science.298.5598.1569>
- Keiser, J. (2023). *Non-Ideal Foundations of Language*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781003188537>
- Locke, J. (2005). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. E. O'Gorman (trad.). FCE.
- Mesoudi, A. (2021). Blind and Incremental or Directed and Disruptive? On the Nature of Novel Variation in Human Cultural Evolution. *American Philosophical Quarterly*, 58(1), 7-20. <https://doi.org/10.2307/48600682>
- Miguens, S. (2022). Animal Brains and the Work of Words: Daniel Dennett on Natural Language and the Human Mind. *Topoi*, 41(3), 599-607. <https://doi.org/10.1007/s11245-021-09745-2>
- Morgan, C. L. (2007). *An Introduction to Comparative Psychology*. Kessinger Publishing.
- Planer, R. J. (2023). Going Dennettian about Gricean Communication. *Philosophical Psychology*, 1271-1294. <https://doi.org/10.1080/09515089.2023.2204887>
- Planer, R. J. (2024). Memetics and the Parallel Architecture. *Topics in Cognitive Science*, 17, 898-908. <https://doi.org/10.1111/tops.12735>

- Rathkopf, C. (2017). Mental Evolution: A Review of Daniel Dennett's *From Bacteria to Bach and Back*. *Biology & Philosophy*, 32, 1355-1368. <https://doi.org/10.1007/s10539-017-9586-y>
- Quine, W. O. (1968). *Palabra y objeto*. Manuel Sacristán (trad.). Editorial Labor.
- Scotto, C. (2022). A Pragmatics-First Approach to Faces. *Topoi*, 41(3), 641-657. <https://doi.org/10.1007/s11245-022-09821-1>
- Scotto, C. (2024). Signos liminares en el corazón de la comunicación: un enfoque interactivo. En I. Audisio y F. G. Rodríguez (eds.), *Pensamiento cuerpo a cuerpo. Intersubjetividad, cuerpo y lenguaje* (pp. 101-144). Ed. Universidad Nacional de Córdoba.
- Sellars, W. (1992). Philosophy and the Scientific Image of Man. En *Science, Perception and Reality*, Routledge & Kegan Paul.
- Sellars, W. (1997). *Empiricism and the Philosophy of Mind*. En R. Brandom (ed.), Harvard University Press.
- Schliesser, E. (2019). Synthetic Philosophy. *Biology & Philosophy*, 34. <https://doi.org/10.1007/s10539-019-9673-3>
- Sterelny K. (2006). Memes Revisited. *British Journal of Philosophy of Science*, 57, 145-165. <https://doi.org/10.1093/bjps/axi157>
- Zawidzki, T. W. (2007). *Dennett*. Oneworld Pub.
- Wittgenstein, L. (1997). *Observaciones sobre la filosofía de la psicología*. 2. L. F. Segura (trad.). UNAM.
- Wittgenstein, L. (2003). *Investigaciones filosóficas*. A. García Suárez y C. U. Moulines (trads.). UNAM.

